

La Esfera

Año IV ◯ Núm. 164

ÁVILA

*Bella ciudad infanzona,
que entre sus paredes guarda
el espectro de los siglos
y el recuerdo de una Santa:
ese glorioso perfume
de cosas viejas y rancias
que encierran tus relicarios
y tus arcones exhalan,
es el olor peregrino
del Jabón Heno de Pravia.*



Precio: 50 cénts.



UPB
LIMPIEZA

ribon.



la Siroline "ROCHE"

es el regenerador de los pulmones
cura radicalmente

*Resfriados
Bronquitis
Tos ferina
Catarrros
Asma*

Precave la Tuberculosis.

(M)

HOFFMANN-LA ROCHE y C^o, París.

CALVACHE

FOTÓGRAFO

16-Carrera de San Jerónimo-16

IMPOTENCIA

curada infaliblemente por las "PILDORAS HERIAL"
10.35 pts. la caja, 27 pts. las 3 cajas franco. Folleto gratis. Farmacia LAIRE, div. O, 111, r. Turenne, París.

LEA USTED TODOS LOS VIERNES

NUEVO MUNDO

Revista popular ilustrada

Precio de cada número: 30 cénts. en toda España

"LA ESFERA" Y "MUNDO GRAFICO"

ÚNICOS AGENTES PARA LA REPÚBLICA ARGENTINA:
ORTIGOSA Y COMP.^a, Rivadavia, 698, Buenos Aires

NOTA Esta Empresa no responde de las suscripciones que no van hechas directamente en la República Argentina por nuestros agentes **SRES. ORTIGOSA Y C.^a**, únicas personas autorizadas.

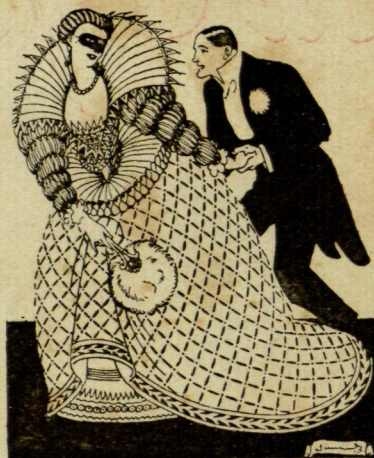
En la ESCUELA

BERLITZ

no os enseñare-
mos más que
idiomas, pero os
los enseñaremos
::: :: bien :::

PRECIADOS, 9

SE VENDEN los clichés usados en
esta Revista. Dirigir-
se á esta Admón., Hermosilla, 57.



Muéstrame el rostro, cruel mascarita,
que ya tu encanto mi afán incita;
pues la fragancia, tan grata y pura,
que en ti percibo de PECA-CURA
bien me presagia que eres bonita.

Jabón, 1.25.—Crema, 1.75.—Polvos, 2 ptas.—Agua, 5 ptas.
CREACIÓN DE CORTÉS HERMANOS.—BARCELONA

CONSERVAS TREVIJANO

LOGROÑO

Pears' Jabón



PARA EL CUTIS

UAB
Biblioteca de Comunicación
i Hemeroteca General

A. & F. PEARS LTD LONDON.

La Esfera

17 Febrero 1917

Año IV.—Núm. 164

ILUSTRACION MUNDIAL



LA DAMA DE LA MANTILLA BLANCA, dibujo de Enrique Ochoa

DE LA VIDA QUE PASA LA ENVIDIA ENTRE ESCRITORES



CERVANTES

CON harta razón nos quejamos los que escribimos, de tener nuestros peores enemigos en los de nuestra profesión, conforme al consabido refrán. En lo que no andamos tan acertados es en atribuir á los días presentes ese espíritu de difamación, que convierte en centro de comedras la libre república de las letras. Si en algo aventajamos los contemporáneos á los antiguos, es tal vez en buena educación literaria. Citaré, en apoyo de mi aserción, algunos ejemplos, empezando por los clásicos.

Para muchos de sus compañeros, Esquilo era fárrago puro. Sófocles despreciaba tranquilamente á Esquilo, diciendo: «Cuando hace algo bueno, no sabe lo que hace.» Quintiliano no entendía la *Orestíada*. Racine lo rechazaba todo en

Esquilo, y solamente concedió amnistía á dos ó tres escenas de los *Choéforos*. Fontenelle escribe en sus *Observaciones*: «No se sabe lo que es el *Prometeo* de Esquilo. Esquilo parece loco.» Víctor Hugo recuerda que el siglo XVIII en masa se burló de Diderot, porque admiraba las *Euménides*. «Todo el Dante es un disparate», esclama Chandon. «Miguel Angel me parece excesivo», acrecienta Demaitre. «No puedo soportar ninguna de las ocho comedias de Cervantes», declara La Harpe. El falso Avellaneda escribió su *Quijote* para burla y escarnio de Cervantes, á quien llamó «pobre, mendigo, manco», etc. «Es lástima que Molière no sepa escribir», dice Fenelon. «Molière es un infame histrión», corrobora Bossuet. El gran filósofo Malebranche llegó á calificar de «canalla» á otro gran filósofo: Spinoza. Scudery pedía que emplumasen á Corneille. Para Green, Shakespeare era «un grajo vestido de muchas plumas». Según Voltaire, las obras de Shakespeare parecían escritas por un «salvaje borracho». D'Alembert hirió de un solo tiro á Shakespeare y á Calderón con estas inauditas palabras: «Ya he anunciado á la Academia el *Heracleo* de Calderón, que será leído con el mismo gusto que se ha leído la payasada de Shakespeare». En sentir de Heredia, Calderón no pasa de la categoría de «versificador seco, inmoral, fatalista, tétrico y ridículo». El abate Trablet decía con la mayor frescura: «Un escolar cualquiera evitaría las faltas en que incurre Milton.» El célebre filósofo é historiador Huet, obispo de Avranches, escribía á Saumaise que había dispensado al autor del *Paraíso perdido* el honor de refutarle y de injuriarle, y que había vomitado contra el pueblo inglés un vocabulario de insultos y un *in-folio* de citas: «¿Por qué os ocupáis de un autor tan insignificante como Milton?» Por su parte, Milton aporreo groseramente á su adversario y le respondió en el mismo estilo, llamándole pedante desabrido, nacido de un léxico griego y una gramática siríaca, «histrión, charlatán, profesor de á cuarto (*professor triobolaris*), fámulo asalariado, ente inútil, pillo, hombre sin corazón, malvado, sacrilego, esclavo digno del azote y de la horca», y agotando el diccionario de los terminachos latinos. «Tú, que sabes tantas lenguas y que lees y escribes tantos volúmenes, no eres más que un asno.» Como le pareciera feliz el epíteto, lo repitió y santificó. «Tú, el más parlanchín de los burros, vienes montado por una mujer y acosado por las cabezas de los obispos á quienes has herido como imagen en pequeño de la gran bestia del *Apocalipsis*.» Acabó por llamarle fiera, apóstata y diablo. «No dudes que te está reservado el mismo fin que á Judas, y que, impulsado por la desesperación más bien que por el arrepentimiento y disgustado de ti mismo, te colgarás un día y reventarás, como tu émulo, por la mitad del vientre.» Los «críticos» de la *Revista de Edimburgo* calificaron de nulidad á lord Byron, aconsejándole que se dedicara al comercio, cuando se ocuparon de sus primeras poesías. Villemain, el sesudo crítico literario, se atrevió un día á hacer esta deliciosa síntesis: «Dos duelos, un rapto, cuatro cartas de *cachet*, un proceso criminal y un juicio de separación: he aquí el fundamento de la celebridad de Mirabeau.» Barbey d'Aurevilly, concediendo que «á Mirabeau fácilmente se le tomaba por un león», tiene buen cuidado de añadir que «no es sino un marrano de larga melena». El mismo autor llamaba á Stendhal «Tartufo intelectual», á Southey «épico de viñetas», á Dumas «narrador de malos cuentos», á About «pillo», y al historiógrafo griego Rhöidis «cucaracha de biblioteca y escarbador de basuras». Al filósofo Comte parecía Schiller un «romántico insoportable» un «imitador infeliz de todos los románticos malos». Haeckel osó titular «caballero de industria de la ciencia» á Agassiz, el más grande de los naturalistas de la América del Norte. A Lamar-

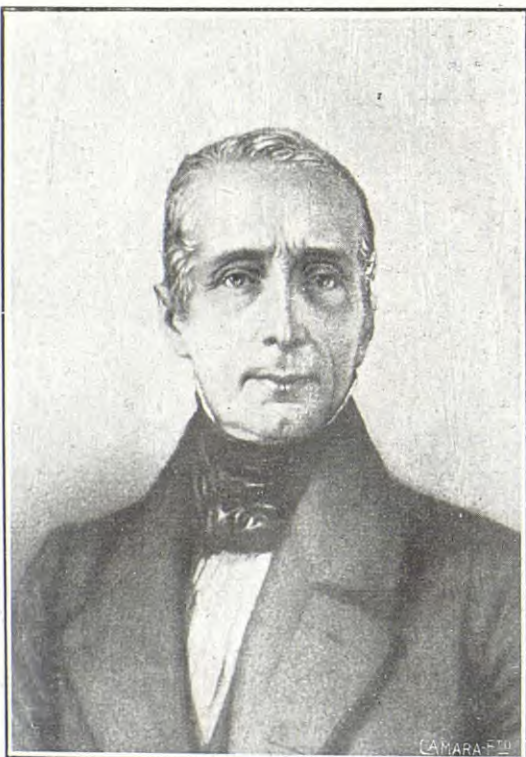


SHAKESPEARE

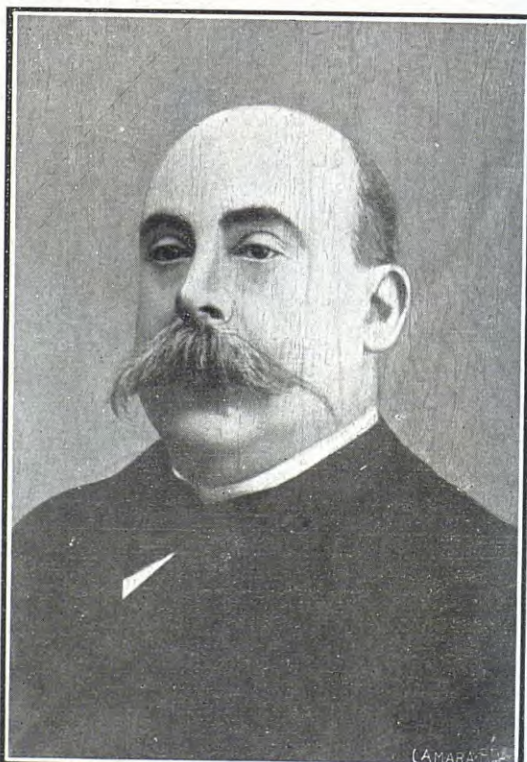
tine se le denominó «alondra insustancial», y de Castelar dijo Taine que era el «canario español». Para Moreno Nieto era Cánovas un «pobre semisabio», y para éste era el otro un «pensador ligero». A Zorrilla le fustigó desvergonzadamente Martínez de Villergas, y al gran prosista Juan Montalvo le pusieron como chupa de dómine un tal Mera y algunos otros Zoilos de pacotilla. Spencer fué juzgado por sus primeras obras como un escritor grosero y un filósofo perturbado. ¿A qué seguir? Escasos serán los escritores que hayan salido ilesos de los juicios de sus colegas.

La envidia es tan antigua como la criatura humana.

EDMUNDO GONZALEZ-BLANCO

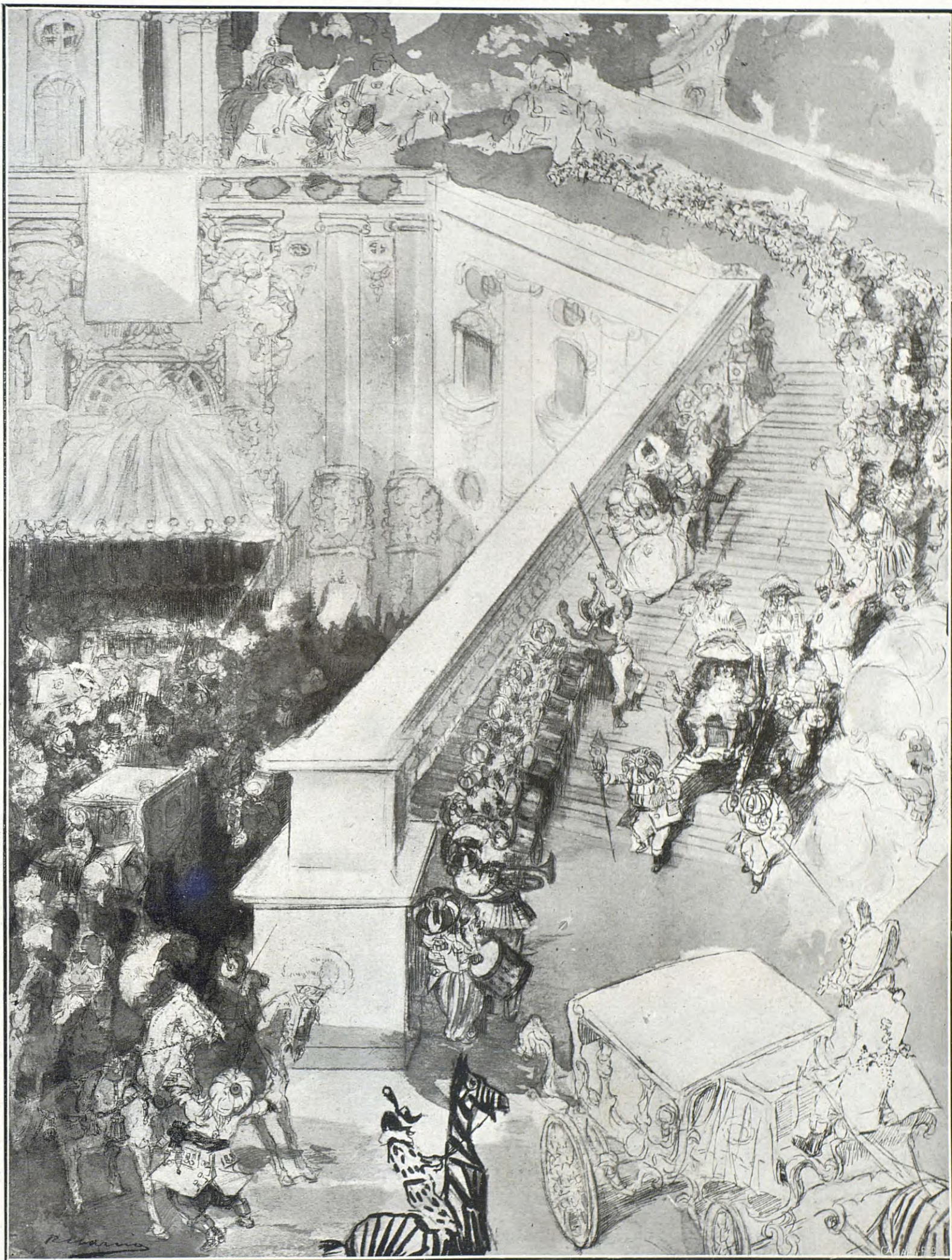


LAMARTINE



CASTELAR

PÁGINAS DE CARNAVAL



LAS BODAS DE MOMO, dibujo de Ricardo Marín

ARTE MODERNO

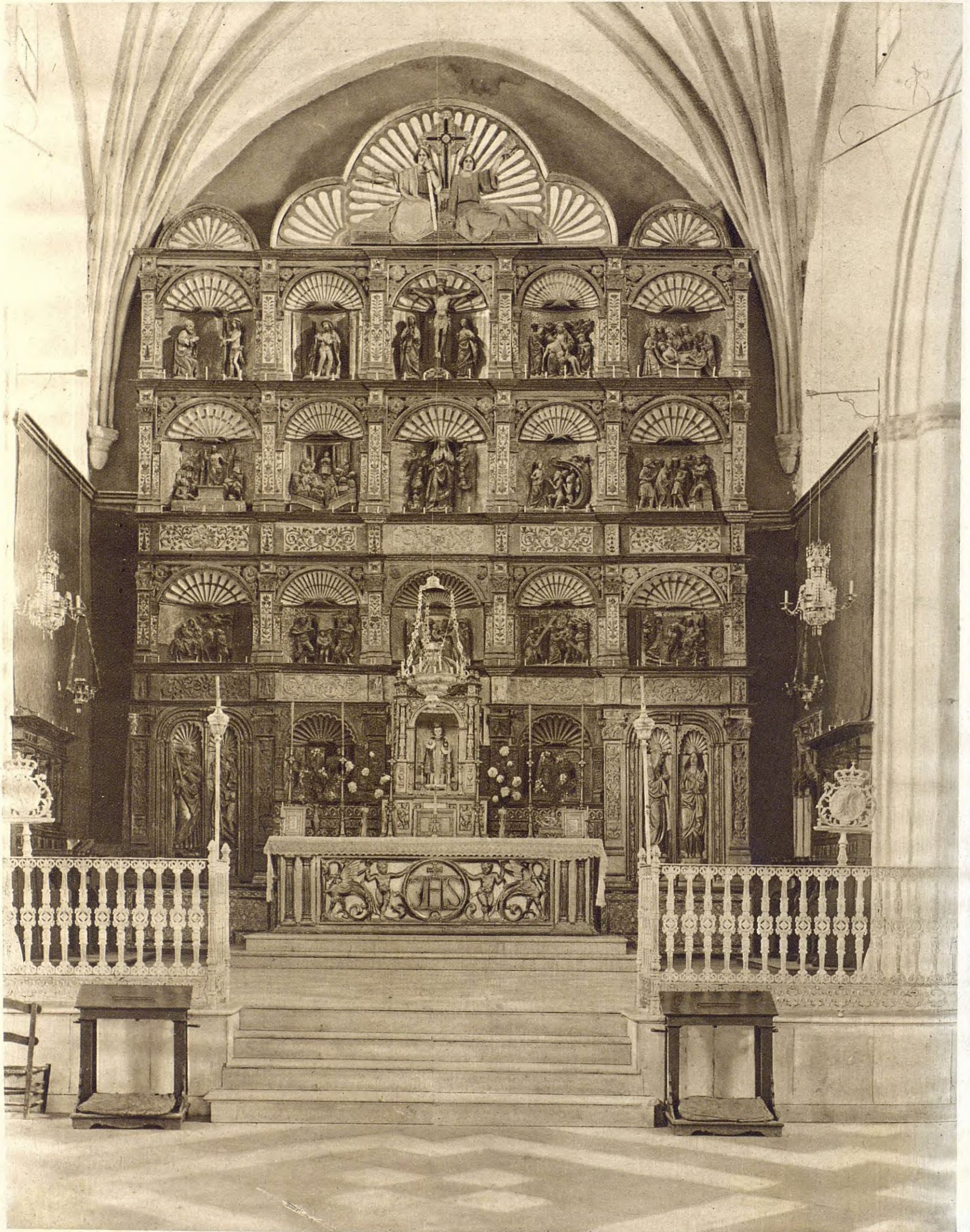


ENTRADA DEL CARNAVAL, dibujo de Antequera Azpiri

LA ESFERA
MONUMENTOS ÁRABES



UNA VISTA INTERIOR DE LA CÉLEBRE MEZQUITA DE CÓRDOBA
Fot. Castellá



RETABLO DEL ALTAR MAYOR DE LA IGLESIA DE FUENTEOVEJUNA (CÓRDOBA)

Fot. Castellá

ELOGIO FUNAMBULESCO DE PIERROT



He aquí al blanco Pierrot que rima
su vieja farsa de poeta,
príncipe de la pantomima,
gran maestro de la pirueta.

Desde su palacio lunario
desciende, blanco y fantasmal,
á poner en verso el glosario
de los lances de Carnaval.

Trovador de luna y marfil
que dices las frases fragantes
de tu alado hermano Banville.

Tu nevado espectro, también,
celebró en sus fiestas galantes
el lunario fauno Verlaine.

¿A dónde volaron los días
de quimeras y de placeres,
cuando en los parques te batías
por los besos de las mujeres?

Cuando en las callejuelas solas,
tras el chocar de los aceros,
tu sangre fingía amapolas
en la nieve de los senderos.

Pierrot romántico y poeta
que lloras, mientras la coqueta
Colombina besa á Arlequín.

Y subragando tu fortuna
refleja sus cuernos la luna
en el estanque del jardín.

Tú enciendes las ansias secretas
y abrasas en besos las bocas;
eres amigo de poetas
y te aman las vírgenes locas;

alondras de los bulevares
ardiendo en un fuego nupcial
que deshojan sus azahares
en las noches de Carnaval.

Rey=bufón del rostro de plata
que tienes tu corte burlesca
la noche loca de Piñata...

Y tras la última copa, en una
cabriola funambulesca
te vas otra vez á la luna.

Emilio CARRÉRE

La tristeza de las cosas



¡La tristeza de las cosas!... Nada pudo ni podrá contener esa tristeza en más alto grado, en más desconsolada intensidad, que esta Exposición de Obras de Arte mutiladas por la invasión...

La tristeza de las cosas!... Nada pudo ni podrá contener esa tristeza en más alto grado y en más desconsolada intensidad que esta Exposición de Obras de Arte mutiladas por la invasión... Reunidas están aquí, en París, como testimonio irrecusable presentado á ese tribunal de la justicia humana que ahora duerme el sueño de las grandes cobardías, pero que tal vez —si Dios lo quiere y si El no dejó de su mano á los hombres— despertará mañana para trazar de nuevo la linde que separa al bien y al mal, al derecho y al delito, á la fuerza y al crimen, confundidos hoy en esta sangrienta paradoja de la anarquía organizada, disciplinada y absurdamente compatible con todos los prejuicios y respetos legados á los pueblos no beligerantes por la tradición.

¡La tristeza de las cosas!... Yo había sentido entrármeme por el alma esa tristeza, en dos circunstancias inolvidables: entre las ruinas de Pompeya y al pie del *Mont Péle*, en la Martinica, ante el cadáver de la que fué ciudad de San Pedro. Mas sobre las dos ciudades, muertas bajo la ceniza y la lava, está marcado el signo de lo sobrehumano. Su dolor nos dice que fué inevitable, y cubriéndole como un gran sudario, queda un velo de misterio, ten-



La Virgen de Albert, una cabeza sin cuerpo, una dulce cabeza herida, que aún sonríe...

dido por las manos piadosas de la Fatalidad...

Ese velo no envuelve las obras maestras mutiladas ó destruidas por la invasión. En la sala del Palacio de Exposiciones, las ruinas de las cosas nos hablan del mal que pudo no ser y que no debió ser... Las estatuas decapitadas, las reliquias profanadas, el luminoso esfuerzo del Arte hacia el Ideal, roto en pleno vuelo de ensueños seculares, son como esos asesinados que guardan en sus ojos abiertos el espanto del crimen, é impresa de modo indeleble en sus retinas ciegas, la imagen del matador...

Ved la obra del hierro y del fuego: el León de Flandes, el león de Arras, que antaño coronaba la torre del campanario y que ahora, retorcido y atormentado, ruje insaciables venganzas...; y el San Juan Bautista de Paul Dubois, hallado entre las ruinas del castillo de Gerbéviller y trocado en tizón renegrido, del que aún emergen una cabeza atormentada y una mano que se alza sobre el mundo, en gesto de inútil predicación...; y el «*Cog Hardi*» de Verdun, que hendida la cabeza y roto el pico, se obstina, sin embargo, en lanzar su canto de victoria y de alborada...; y un trozo de la campana que en otro tiempo enviaba, camino del cielo, las preces



Pero la tristeza de tristezas está en el Cristo de Revigny, astillado por el plomo y roído por las llamas, que no han dejado de él sino un muñón de brazo y una mano y los dos pies...

de los fieles de Vauquois. Hoy, de aquel pueblo laborioso y próspero, sólo queda eso: un casco de bronce que fué sonoro y que ya no vibrará jamás...

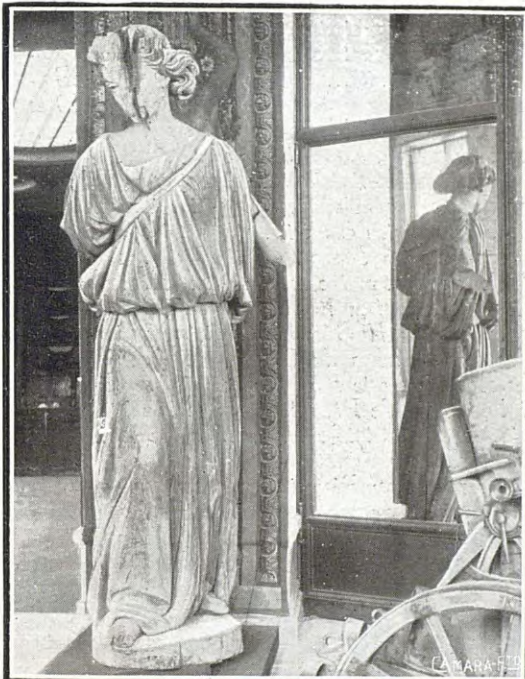


El León de Flandes, el león de Arras, que antaño coronaba la torre del campanario y que, ahora, retorcido y atormentado, ruge insaciables venganzas...

crilegio, fueran duros como el Cristo no supo ser, y no hubiera para los culpables una sola esperanza de redención.

París, 1917.

ANTONIO G. DE LINARES



Más allá, lamentables, descuartizados, aparecen todos los ángeles de nuestro cielo: los de Verdun, los de Reims, los de Albert, los de Arras; todos los mensajeros de la Buena Nueva; todas las flores místicas labradas por la fe, al paso de las generaciones y al correr de los tiempos.

Pero la tristeza de tristezas está en otras imágenes de las que sólo vestigios quedan: el Cristo de Revigny, astillado por el plomo y roído por las llamas, que no han dejado de él sino un muñón de brazo, una mano y los dos pies; y la Virgen de Albert, una cabeza sin cuerpo, una dulce cabeza herida y sonriendo aún; sonriendo como ya no sonreirá jamás el maravilloso «Angel de la Sonrisa» de Reims, decapitado por la metralla.

¡No!... No hay ni puede haber, en el mundo, una tristeza de las cosas que iguale a esta tristeza inconsolable y eterna del Cristo de Revigny, del Angel de la Sonrisa y de la Virgen de Albert...

Eran tres imágenes que encerraban en su perfecta belleza toda la ternura y toda la poesía de la Divina Leyenda de Amor...

Sobre esas imágenes se ensañó el odio: un odio hijo de aquel otro, bárbaro y ciego, que arrastró a Jesús de Galilea sobre el camino del Calvario...

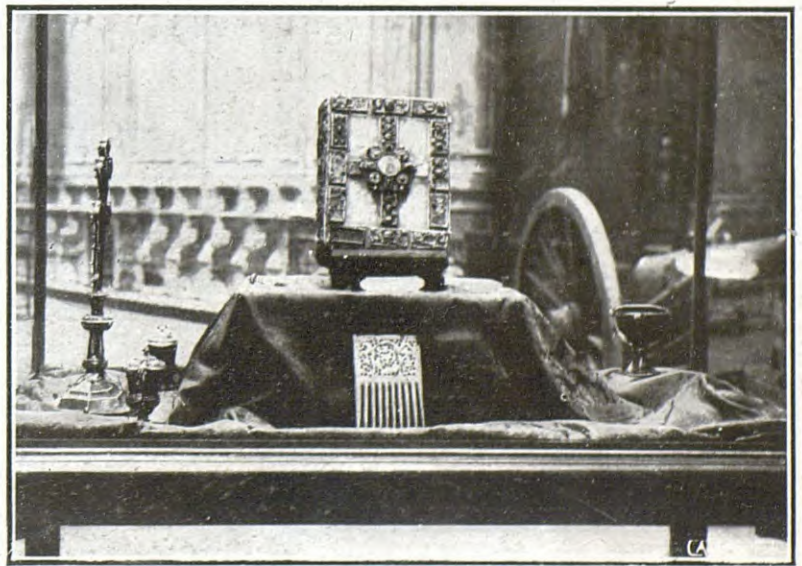
Y si el Salvador pudo, desde lo alto de la Cruz, bendecir a sus verdugos y otorgarles perdón, estos otros mártires de piedra sucumbieron mudos, acusadores, inexorables, como si Dios los hubiera hecho surgir del granito para que llegada, si llegaba, la hora del nuevo sa-



El «Cog-Hardi» de Verdun, que, hendida la cabeza y roto el pico se obstina, sin embargo, en lanzar su canto de victoria y alborada...



Un trozo de la campana que en otro tiempo enviaba, camino del cielo, las preces de los fieles de Vauquois...



Evangelario cuyas cubiertas fueron mutiladas para arrancar las piedras preciosas en ellas engastadas...



CUENTOS ESPAÑOLES
LA ÚLTIMA FARSA DE PIERROT



ESCENARIO

Jardín nocturno. Al fondo, entre las frondas, luminarias al estilo de Venecia. Risas y músicas lejanas. Un quieto lago refleja la noche lunada. Algún árbol, rumoroso al tañido de la brisa, cabecea filosóficamente sobre la linfa inmota. El plenilunio argenta la marmórea gradería de la amplia escalinata. En el cielo hay una lluvia de confetti. De vez en vez, trae en su ronda el viento una rota risa; y en el azul, una estrella nómada describe un amplio arco, como una inmensa serpiente.

FARSA

Aparece Pierrot en escena. Viene mohino, cariacontecido. Al andar, cruza el paso, algo inseguro. (Debe estar borracho.)

Pierrot es estudiante universitario, aunque no frecuenta la Universidad. Pierrot ha amado mucho y ha leído un poco. Pierrot es melancólico y sensual. Y estas Carnestolendas, Pierrot ha querido divertirse.

El domingo, en el paseo, una serpentina se enredó á su cuello. Miró hacia el lado de donde venía y vió, con cierta complacencia, que estaba frente á una aventura irremediable: ¡era una mujer! ¿Fea, bonita... qué importaba? Iba disfrazada y reía locamente de la broma. Sus ojos, tras el antifaz, le relataban audaces. Su roja boca fresca sabía reír y, acaso, besar con avidez.

Se enlazaron del brazo. Pierrot quiso saber el nombre de su máscara, pero ésta, discreta, impuso como única condición el misterio. El aceptó, encantado. La llamará «Colombina». Y allá se fueron, con su mutuo secreto y su juventud plétorica de besos y de risas...

Pierrot, espléndido, ha abierto su cartera á todos los caprichos de Colombina. (El Carnaval ha coincidido este año con «los primeros de mes», y los padres de Pierrot, desde el rincón de provincia, son puntuales en el envío de la holgada mensualidad.)

Colombina y Pierrot han gozado cuanto han creído digno de gozarse. Y esta noche del Martes, para despedirse del Carnaval, ha propuesto á su amada un programa épico: bailar, beber, gozar, alternativamente, y decirse «adiós» en una embriaguez de ritmos, de besos, de champán. Colombina ha rubricado el pacto con una carcajada. Y hábilmente, cuando ha creído que Pierrot no podía darse cuenta cabal del alcance de su caricia, en un mimoso abrazo, le ha sustraído los últimos billetes.

Pierrot, con esa intuición propia de los borrachos, ha sentido que algo huía de él y ha abierto los ojos: Colombina ha desaparecido. El, rojo de indignación, se ha incorporado y gritando «¡Colombina! ¡Colombina!», ha penetrado en el salón de baile, donde todos han reído de su original locura. Al fin, le han expulsado del recinto, dejándole en el jardín «para que se refresque».

Tambaleándose llega Pierrot al centro de la escena.

ooo

PIERROT.—(Autoritario.) ¡Colombina!...

(En la lejana fiesta, unas risas joviales vibran, se abagan.)

PIERROT.—(Iracundo.) ¡Colombina!...

(En el cielo, la Luna, creyéndose aludida, asoma su enharinada faz, entre los velos leves de una nube.)

PIERROT.—(Gimiente.) ¡Colombina!...

(La orquesta inicia un vals lento.)

(Pierrot, convencido de su irremisible soledad, pasea resignadamente con las manos en los bolsillos del amplio disfraz. Y, como en los dramas antiguos, habla solo.) ¿Dónde diablos habrá ido Colombina?... ¿Y mi champán?... ¡Ah, perdí, si está bajo mi brazo!... Esperaré bebiendo. Brindo... Brindo...



(Pierrot mira á todas partes con una botella en alto. Utimamente, alza la cabeza y detiene su mirar en la Luna, que sonríe, irónica.)

¡Ah, perdón, señora!... Buenas noches, amiga Luna... Permitidme que brinde por vos. ¡Brindo por la Luna!

(Bebe largamente.)

Pudiera yo ascender hasta vuestra hermosura ó vos venir hasta mí, y bebiéramos juntos... Mal andamos de inventos. ¡Aún no hemos llegado á una inteligencia con tan poderosa y bella Emperatriz de la Noche! Ni un solo Embajador de la Tierra en vuestros reinos.

(Una nube baja vela lentamente el rostro de la Luna.)

¡No, mi amada señora; que una exagerada modestia no me impida veros en todo vuestro esplendor. Dignaos escuchar mis justas alabanzas. Sois bella y poderosa. Os eleváis sobre las miserias todas de la vida.

En la soledad de la noche sordida, los harapientos sin hogar sólo á vos ven sonreír, caritativa. ¡Ellos, que no supieron sino de la indiferencia, cuando no del desprecio de los felices!... El guerrero, en los campos de batalla, atalayando el horizonte, á vos suele alzar los ojos, á intervalos, seguro de que también os mira recordándole, en el insomnio, la mujer ausente; en las ciudades, el noctámbulo, os hace la corte, hasta que os retiráis á descansar: el suicida navega hacia vuestras nevadas playas, harto de las impurezas y los dolores del mundo; la doncella os hace sus confidencias más hondas; el triste os ama; el navegante os consulta; el bandido os teme; el pastor os bendice; el beodo os habla; el sabio os estudia; el poeta os canta. ¡Hasta el agua y el cristal se hacen espejos para que en ellos reflejéis vuestra sin par grandeza!

(Pausa... Pierrot bebe otro trago. La Luna torna á mostrarse, esta vez benévola y risueña.)

Ya habéis vuelto á lucir sobre la noche, como un diamante en su estuche de obscuro terciopelo... Consentid que os tutee... Es noche de Carnaval... ¿Cómo callas?... ¡Ah, vive Dios que me place tu silencio, porque él me da la venia que para tutearte demandaba.

(Otra pausa.)

¡Oh, Luna!... La noche es serena; lejos está la balumba del baile. En las alamedas, canta la brisa su nocturno; la sombra duerme; respira

amor la fronda. Invita á amar el silencio; y el corazón es joven. ¡Yo te amo!...

¡Ah, sí, sí!... No rías de mí... Mi amor es puro, sereno. No creas que es una farsa, porque me ves de esta guisa. Yo soy un estudiante formal que ha leído á Platón y á Aristóteles. Y hablo en serio cuando de amar hablo. Ni me juzgues borracho porque te muestre una botella de champán. Es... que gusto ahogar en el vino la pena de la vida... Un poeta gentil, amigo mío, tras estudiar griego toda una década y amar toda una primavera á una mujer insustancial, comprendió que había perdido el tiempo, y hubo entonces de dedicarse á cantarte graciosamente:

Parece una colegiala

con un vestido de espuma...

dijo, y dijo bien; virgen pudorosa, inmaculada novia lejana, siempre ansiada porque nunca podré besarte; tú también me quieres aunque no me lo digas: bien lo declaran tu constancia en acudir á mis citas y tu celo en vigilarme. Sabidora de mi incurable noctambulismo, sigues mis pasos por las rúas, y ahora recuerdo que en más de una ocasión te mostraste inopetuna, entre la encajería de los árboles, impidiendo que mis labios te fuesen infieles sobre otra boca de mujer... ¡Y, cómo eres celosa! Imotente para seguirme en todo momento, te confabulas con el Sol para crear mi sombra! Mi sombra es un esclavo tuyo que me sigue á todas partes, sin darme punto de verdadera soledad. Tuyo soy y he de morir amándote!

(Pierrot, tras el largo discurso, bebe, hasta apurar la botella.)

Y si llegamos á casarnos, amada novia, tú serás la única esposa tácita y sumisa que no regañe á su marido. ¡Tú serías la mujer ideal, pues que no hablas!...

(Larga pausa. Los violines, mudos durante la exaltada serenata de Pierrot, preludian una danza.)

¿Quieres bailar conmigo, oh, Luna? Nada tan natural como que nos deslicemos enlazados sobre el suave tapiz verdinegro que á nuestros pies se extiende. La orquesta ensaya un minuetto en tu honor. Dame el brazo y desciende conmigo...

(Pierrot ofrece galantemente el brazo á una quimera de su fantasía, y con majestuosa lentitud baja los escalones hasta orillar el lago en que se

refleja el rostro de la inverosímil amada. Extrañado de que con tanta agilidad se haya desprendido de él, arroja bombones á la Luna, que vibra levemente en el movable espejo de las aguas.)

¡Caramba! No está bien que me dejes. Toma, toma estos ricos bombones, pero no te me vayas...

(Aparte.)

¡Ah, pardiez! Habrá que alegrarla un poco para vencer su recato! Siempre fué el fino y divino vino galo sabio aliado de los seductores...

(Invitando á la Luna.)

Ven, bebe. No habrás gustado esta maravilla de la amable Francia, allá en los parques de tu Imperio. ¿Huyes y danzas burlona? ¿Temes, quizás, habértelas con un precipitado Don Juan? Ahí va la botella. Bebe tú sola, ¡vive el cielo!, que no ha de ser el champán espejuelo con que atraerte á mis brazos.

(Pierrot lanza violentamente el casco vacío al estanque, quebrando la quietud de sus linfas... La Luna, espejándose sobre las ondas, danza loca, febril, incansable... Lejos, en un cenador, chasquidos de besos. Luego, una carcajada loca de la boca fresca de Colombina, que engaña á otro Pierrot. El nuestro, perdido el equilibrio, se bambolea grotescamente y cae al agua, exclamando:)

¡Por Kant, que he de bailar contigo!

(Las aguas se abren, cortesmente, á su paso, en un galante círculo concéntrico...)

La orquesta lejana, lanza al aire—como un cohete en espiral—un galop de despedida...

Pierrot, como un bailarín consumado, danza trágicamente, queriendo en su pantomima alcanzar á la Luna, que huye de él, juguetona, por el lago.

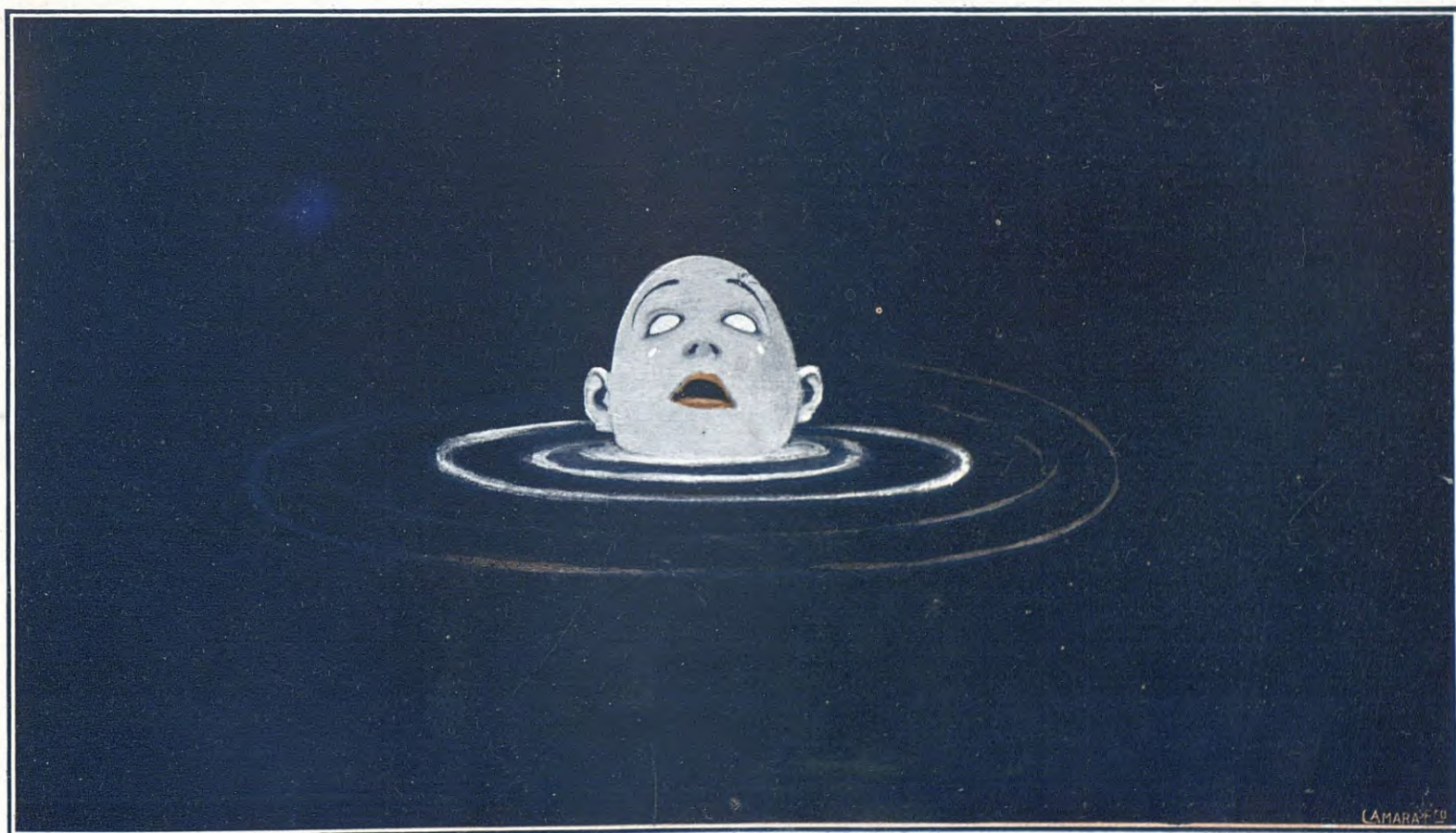
Pierrot aparece, desaparece, acciona, bracea, se oculta, vuelve á mostrarse, ríe, gime, enmudece...

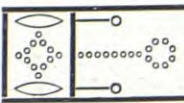
Por último, agotado, flota inerte, tendido en cruz sobre el verdín del estanque. Una sonrisa aletea por su rostro. Su cuerpo se mece con leve movimiento. Y alrededor de su cadáver, la Luna, reflejada en el agua, danza al ritmo de los violines lejanos...

Por el azul cruza una estrella fugitiva y se hunde en la sombra.)

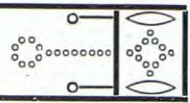
JUAN GONZALEZ OLMEDILLA

DIBUJOS DE RIBAS





HOMBRES DE MAR



La gente de mar parece formar un pueblo aparte que no se mezcla ni se confunde con los demás pueblos de la tierra. Tenemos siempre un respeto, una consideración, quizá algo supersticiosa ante el mariner, el pescador; esos hombres fuertes, que nos dan una sensación de nobleza, de fortaleza, de honradez, como si en su vida de peligros, solitaria, contemplativa, frente al Océano hubiesen llegado á entender el lenguaje de las olas y á adquirir una reciedumbre y una conciencia superiores.

Generalmente, el mariner es bueno, sensible y bondadoso en su rudeza; llega por intuición á una altura moral, severa, justa, sólida, con un prestigio de hombre acostumbrado á mirar la muerte cara á cara, y cuya vida de continua privación y duro trabajo está amenazada en todos los momentos. Existe en ellos como un miedo á la justicia del mar como si á fuerza de mirar las olas las aguas les arrancasen sus secretos; ese mar poderoso, sagrado, al que no se puede engañar, exige intenciones puras. Se encuentra sobre todo este tipo de hombre de mar en los mares del Norte: los pescadores de Bretaña, de Normandía, los holandeses y los noruegos. Nada emociona más al través de las montañas y los fiords de Noruega que la contemplación de esas aldeas de pescadores, pobladas sólo de mujeres y chiquillos que miran siempre ansiosos al mar, sin atreverse á esperar y á reír mientras dura esa larga *kermés* de la pesca del bacalao, la sardina y la ballena, durante los interminables días del verano en el Nordland, Finmark y las islas Lofoden. Parece que el marino primitivo, el que tuvo el privilegio de inventar la navegación, debió ser el marino noruego, entregándose confiado, en



Familia de pescadores lapones á la puerta de su choza

cualquier balsa de ramaje, á las tranquilas aguas de un *fiord*. De allí su osadía debió ir en aumento para acometer todas esas magnas empresas de Vikinge que se extienden por todas las naciones y que llegan á descubrir la América tantos siglos antes que Colón. Las más antiguas *Sagas* nos hablan ya de sus «navíos cubiertos de pinturas y con velas de colores vivos».

No puede olvidarse jamás una vez visto ese pueblo de pescadores que desde Enero á Abril acecha los compactos bancos de bacalao que se aproximan á las islas Lofoden.

Hay unas nueve ó diez mil barcas, cada una de las cuales lleva seis hombres de tripulación, sin contar las innumerables barquitas que se dedican á la pesca con bolantín y con palangres tripuladas por dos ó tres hombres nada más. Las grandes barcas usan también redes y jábegas. Son éstas las que más ganan; pero su jornal rara vez llega á dos coronas diarias, aunque la cifra de los rendimientos de la pesca del bacalao se llevan de seis á siete millones de coronas al año.

Los marineros tienen en la barca su casa, con su dormitorio, su cocina; han hecho allí su hogar, su mundo; dan la impresión de que sus barcas están construidas sobre pontones cimentados en el mar de tal modo que parecen estables y perennes.

Entre los pescadores se ve un gran número de lapones, porque este pueblo se ha fusionado cada vez más con el noruego, hasta el punto de que de los 21.000 lapones que se calcula que hay



Muchacha lapona



Otro tipo de vivienda de los pescadores lapones



Pescador lapón



El pescado puesto á secar en la playa

en la nación, sólo unos 1.700 continúan en su estado nómada, y hasta éstos parecen más bien dispuestos para el espectáculo que entregados á su vida salvaje.

La visita al campo de Lapones en el Tramsdal, por ejemplo, da la impresión de una de esas exhibiciones de las ferias de las grandes poblaciones. Es una especie de circo, con sus tiendas de telas en verano, cerca de las cabañas de piedra, redondas como habitaciones de castor, donde se esconden en el invierno, y que no tienen más que una abertura para dejar pasar el humo del hogar, que debe casi asfixiarlos, y el cual es causa, juntamente con la nieve, de las enfermedades de ojos que padecen.

Allí se encuentran los lapones como la leyenda nos hace desear encontrarlos, entre sus rebaños de renos, con cuyos cuernos y huesos fabrican los objetos que venden al visitante, mientras que la leche y las pieles les suministran alimento y abrigo.

Pero después vemos á los lapones, á los que una sabia legislación atrae y protege, viviendo en las ciudades dedicándose á todos los oficios, sin poderse establecer más diferencia entre ellos y los otros habitantes del país que la que marca lo diverso de su tipo. En algunas escuelas existen ya maestros lapones.

Pero donde se encuentran en mayor número es entre todo ese mundo que parece formar una familia aparte de verdaderos hijos del mar, al que demandan su sustento.

Para conservar la paz en ese pueblo está rigurosamente prohibida toda clase de alcohol. Un sacerdote, un pastor, vierte en sus almas sencillas la palabra evangélica. Los pescadores son religiosos, con una religión extraña, supersticiosa, como tiene que ser en esos hombres de espíritu libre, avezado al peligro, audaces y enérgicos, para los que el sol es un festejo de verano; condenados á esa noche polar, sombría, terrible, en sus cabañas aisladas ó sobre la traición de las olas; su religión está mezclada de tradiciones, de leyendas, de historias fantásticas y paganas. Todos creen en la existencia del barco fantasma, el *barco de la muerte*, que muchos ase-

guran haber visto como precursor de las terribles catástrofes tan frecuentes.

Porque este mar tan tranquilo que á través de los *fiords* y de la barrera de su costa ven los turistas en los días de verano, es un mar traicionero y terrible; es ese mar del Norte tan temido, tan sombrío cuando el viento sopla y el hombre es tan poca cosa frente á él.

En las Lofoden las corrientes de marea son particularmente violentas entre los estrechos ca-

nales; allí está ese abismo infernal del Mälstrom que tantas embarcaciones ha tragado en su remolino; allí, cuando más confiados y tranquilos se encuentran, surge la tempestad con toda la inmensa grandeza que ha de tener para domeñar una naturaleza grandiosa de suyo como una tempestad. El viento hace huir las barcas sin timón en busca de un refugio á través del largo y peligroso Vestfjord, muchas embarcaciones vuelcan y desaparecen para siempre; otras permanecen sobrenadando, quilla al aire; algunas llegan á la costa con los cuchillos de sus tripulantes clavados en la quilla; los han clavado para asirse á ellos en su último desesperado esfuerzo; y cuando extenuados y rendidos los ha vencido el mar, los cuchillos quedan clavados como una cruz; algunos llevan su nombre á manera de epitafio y se conservan como reliquia sagrada de viudez en un hogar deshecho. Son muchos los pescadores que en esos momentos de terror han enloquecido.

Pero la pesca es una industria productiva; el hambre obliga á pescar y el hábito quita importancia al peligro; los pescadores aparecen satisfechos y felices el día que logran coger cuatrocientos ó trescientos bacalaos. Son su riqueza, el bienestar de su invierno, la tranquilidad de los suyos. Ese bacalao se lleva á tierra y se prepara por dos modos: el *Klipfisk*, que es el bacalao salado, comunmente conocido en España, y el *Forfisk*, ó bacalao seco que consumen los demás países, en especial América é Italia. Como un detalle curioso puede hacerse notar que en Noruega no se consume el bacalao.

Es todo aprovechable en esos peces: el buche se emplea en preparar el *macizo* ó *enguao*, que sirve para atraer la pesca, así como la *carnada* que se arroja de cebo. La cabeza y los despojos se preparan hervidos con un alga especial para alimento de las bestias. Los huesos se aprovechan para abono, y del hígado se extrae ese preciado y saludable aceite cuyo olor hace insupportable la atmósfera de Hammerfest, algunas leguas antes de llegar á esa ciudad.



Mujeres y niños lapones

CARMEN DE BURGOS
(Colombine)



LAS FIESTAS EN HONOR DE LUCINA Y DEL DIOS PAN (precursoras del Carnaval), famoso cuadro de Pietro Berrettini da Cortona, existente en el Museo Nacional de Pinturas, de Madrid

ANÉCDOTAS CONTEMPORÁNEAS

POSADA HERRERA



Posada Herrera, con uniforme de ministro



Casa donde nació y vivió Posada Herrera



Posada Herrera, en traje de calle

EL ilustre jefe del partido liberal, Sr. Sagasta, hizo una excursión por Asturias en 1891, y de ella conservó siempre recuerdos muy gratos.

En el discurso que pronunció en Borines trazó un programa de economías que la opinión acogió con singular interés.

Llamado D. Práxedes á los Consejos de la Corona, procuró traducir en hechos sus promesas, y esto dió ocasión para que redactara y defendiera Moret el voto particular de la minoría democrática en un notabilísimo discurso que fué contestado por Navarro Reverter con otro que, como el de Moret, son en los anales parlamentarios dos verdaderos modelos de elocuencia.

Deseando, en 1893, que yo dejara el Gobierno civil de Guadalajara, donde todo marchaba felizmente, bajo la dirección política del conde de Romanones, y fuera á posesionarme del de Oviedo, que tenía muchas y graves complicaciones, después de aleccionarme con la maestría que le era proverbial, para dar pronto y bien cima á la ardua empresa que se me confiaba, procuró poner algo de miel al lado de los amargos acíbares que la gestión oficial había de hacerme paladear, y, á este propósito, trazó una serie de viajes por la noble y hermosa tierra asturiana, que bastaban á olvidar todas las penalidades de una lucha política sostenida por amigos y adversarios con la ofuscación del apasionamiento y las vehemencias del sectarismo.

Cuando D. Práxedes, con aquel don de gentes que nadie ha superado, decidía hacer agradable algún delicado cometido, los que estábamos á sus órdenes éramos subyugados por su amena conversación, de tal suerte, que al salir del despacho de la Presidencia parecíamos alucinados por un estado hipnótico, y lejos de encontrar obstáculos para llevar á feliz término el honroso encargo, se notaba la impaciencia de cumplir pronto y con acierto los deseos del jefe.

Los primeros meses de residencia en Oviedo tuve la atención tan vivamente solicitada por las complicaciones políticas de la región, que no fué posible sacar partido de los itinerarios tan magistralmente trazados por D. Práxedes; pero el tiempo y la suerte pusieron afortunado remate á la anomalía y hubo ocasión para que todos los planes de turista que llevaba en cartera tuvieran realidad muy halagüeña.

La primera excursión que organicé, con recorrido bastante largo y serias molestias, fué desde

Oviedo á Cangas de Tineo. Llevábamos buen carruaje y dos troncos de mulas de grandes bríos; pero el travecto por la parte montañosa tenía cuevas de larga y pronunciada pendiente, y el ganado agotó sus grandes arrestos y tuvo que ser renovado. En este viaje se hermanó lo útil con lo agradable, pues habiéndose presentado la filoxera en la pequeña zona vitícola de la provincia, me trasladaba al punto de la invasión con personal facultativo á fin de estudiar sobre el terreno las causas del mal y tomar las disposiciones oportunas para dominarle ó contener su propagación. En esta buena obra los agricultores quedaron muy

reconocidos, porque vieron de modo práctico el aprecio en que poníamos las conveniencias de la población rural, tanto las autoridades como el diputado del distrito, D. Félix Suárez Inclán.

Con motivo de inaugurarse unas obras en el famoso balneario de Borines, me ofrecieron un banquete que resultó suntuoso y en extremo agradable, pues hubo ingenios asturianos que derrocharon sus sales haciendo que las horas parecieran minutos. Los paisajes que vi en esta excursión son de belleza insuperable.

¡Qué viaje tan delicioso y accidentado el que hice siguiendo el curso del Nalón hasta Muros! Tampoco resultó baldío. Las imprudencias de todos venían agotando la cría del salmón, y esto era tan difícil de remediar, cuanto que el abuso se había puesto al amparo de lo que la gente del país consideraba obligaciones sagradas de la política. Las máquinas Douar, cuando mandaban los liberales, las tenían archivadas los conservadores, y al entrar éstos en turno, los liberales, si querían comer salmón, habían de comprarlo. No era empresa liviana la de dar en tierra con estas malas tretas; pero el concurso acertado y eficaz de la Guardia civil dió cima á mis buenos deseos.

Una liera pausa en las luchas políticas me brindaba buena oportunidad para salir unos días de Oviedo, y en el momento preciso en que yo consultaba las notas que me facilitó el jefe del partido liberal, me entregaron un telegrama del ministro de la Gobernación, en que D. Venancio González, que desempeñaba dicha cartera, delegaba en mí para que le representara en la inauguración de la estatua de Posada Herrera, fiesta que debía celebrarse en Llanes á los pocos días.

Mucho me honraba el encargo y me complacía la intervención en la fiesta, porque tenía para con Posada Herrera deudas de reconocimiento que no podía saldar poniendo al servicio de su buena memoria mis mejores deseos. En otro trance hubiera procurado excusar el viaje, porque en expediciones oficiales, teniendo el protocolo como regla de todas nuestras disciplinas, los festejos pierden sus encantos, y agasajos y atenciones se vacían en los moldes del amaneramiento, resultando para cuantos concurren á la fiesta que la falta de libertad les hace caer en aburrida monotonía.

Los sucesos se desarrollaron de tal guisa, que resultó inexcusable la salida inmediata para Llanes, pues S. M. la Reina Regente comunicó á



Casa-Ayuntamiento (X) construida en 1862, siendo ministro de la Gobernación Posada Herrera

D.. Venancio su deseo de que la representara el gobernador de Oviedo en todos los actos oficiales que tuvieran lugar en Llanes con motivo de la inauguración de la estatua de Posada Herrera, y, al comunicarme las augustas órdenes, el ministro puso por su cuenta algunas palabras, tan claras y precisas, que no requerían interpretación.

Estaba de gobernador militar en Oviedo el general Govar, antiguo y muy querido amigo mío, y en pocas horas todo quedó dispuesto para hacer juntos el viaje. El representaba en esta solemnidad al ministro de la Guerra.

El tiempo fué lluvioso en extremo, habiendo llegado á causar el asombro de las gentes del país, que tan avezadas se encuentran á pasar meses enteros viendo diluvio. El telón de agua que se interpuso entre el coche y el paisaje nos impidió formar idea de la topografía de la región que recorrimos.

En Llanes tuve un hospedaje suntuoso. Me llevó á su casa don Román Romano, hombre de carácter muy afable, que había levantado en Méjico una cuantiosa fortuna y que estaba casado con una paisana suya en la que la discreción y la belleza hicieron sus desposorios. La hospitalidad se llevaba con tales aciertos y delicadezas, que jamás tuve ocasión de ver en los agasajos de aquel matrimonio feliz nada que pudiera traducirse como deseo de alardear de sus medios de fortuna.

Esta se calculaba en cinco millones de pesos, y á su hermano D. Manuel se le suponía en posesión de un capital análogo.

Las autoridades locales y las familias de mayor distinción hicieron cuanto estaba á su alcance para que nos resultara agradable la permanencia en Llanes; pero las cataratas del firmamento se habían desbordado y unos festejos se suprimieron, como los de pólvora, y otros quedaron deslucidos.

El 16 de Septiembre de 1893 nos trasladamos oficialmente desde la Casa Ayuntamiento las autoridades, Corporaciones y numeroso público, á la que entonces se llamaba plaza de la Encarnación, y desde aquella fecha se denomina Paseo de Posada Herrera, con objeto de proceder al acto solemne de descubrir la estatua del ilustre patricio.

Cuando el alcalde me invitó para que, como representante de S. M. la Reina, recorriese la cortina que cubría la estatua, caía sobre nosotros el agua á torrentes, y la dispersión fué general una vez que el monumento quedó inaugurado, reuniéndonos después en la casa municipal para dar forma legal á la solemnidad que con tan poca fortuna acababa de celebrarse.

Posada Herrera, que fué hombre de extraor-



Bailadores del "pericote"

dinaria cultura y de ingenio tan bien cultivado que sus ironías políticas, lejos de darse al olvido, se avaloran más y más, ganando en quilates, si hubiese tenido que juzgar el suceso de la inauguración de su estatua, positivamente que lo hace con frase feliz y cáustica, dejando á la posteridad un nuevo testimonio de los rasgos de carácter que han perpetuado su memoria. Estimo ocioso el intercalar aquí las anécdotas que de Posada Herrera se refieren, porque en libros, folletos y periódicos se han divulgado tanto, que no hay persona de mediana cultura que no las conozca.

De este gran hombre existe un recuerdo que me parece pertinente mencionar, y es: *el haber sido elegido presidente del Congreso por unanimidad*. En la historia de nuestros más ilustres parlamentarios Posada Herrera ocupa lugar muy preeminente.

La estatua está admirablemente emolazada y la rodea espléndida arboleda, siendo muy notable el paseo de plátanos. Se levantó el monumento por suscripción popular, habiendo realizado la obra con singular acierto D. José Gragera, que á la sazón era subdirector del Museo de Pintura y Escultura de Madrid y que en su juventud había sido discípulo predilecto de Posada Herrera en

la cátedra de Matemáticas de Oviedo.

El general Govar y yo regresamos á la capital con todo apremio y sin que la persistente lluvia nos arredrase. El viaje tuvo incidentes tan inesperados como desagradables, pues la obscuridad de la noche, por efecto de la lluvia, fué causa de que el cochero, al llegar á Arriendas, en vez de seguir por la carretera de Oviedo, tomase la de Cangas de Onís, obligándonos esto á pasar la noche en dicha población.

Deseaban los llaniscos ofrecernos á los que tan mal habíamos librado en esta excursión, unos días de franco esparcimiento para que formáramos cabal idea de los bailes del país y de otros festejos propios de la región, y aprovecharon las renombradas fiestas de la Magdalena para agasajarnos.

Las rivalidades locales no tenían en Llanes como fuente de origen la política, pero no por esto los bandos luchaban con menor avasallamiento para llevar la primacía en las fiestas locales. Dos hermandades, la de San Roque y la de la Magdalena habían exaltado los ánimos de tal suerte, que en las familias llegó á ser motivo de serias contrariedades el hecho de pertenecer el marido á distinta hermandad que su consorte.

Fué una suerte asistir á las fiestas organizadas por el bando de la Magdalena, porque todo lo habían dispuesto con tal suntuosidad y esplendor, que han dejado imborrable memoria entre las gentes del país. Llegó su desprendimiento á tal extremo, que

no teniendo plaza de toros y queriendo dar grandes corridas, decidieron construir una de madera, y esta empresa, que era en extremo costosa, tuvo el más feliz remate, habiendo lidiado en ella toros de Trespacios y Valle la cuadrilla de Mazzantini, que era entonces la de más cartel.

Nada tan típico y original como el famoso baile denominado *el pericote*, en que cada hombre baila con dos mujeres á lo suelto. El *canto del ramo* es un número interesante en que toman parte jóvenes de ambos sexos ataviados con los vistosos trajes regionales.

Las liberalidades de los llaniscos podían llevarse en aquella época á las lindes de la prodigalidad, porque eran muchas las familias que en América habían levantado muy sólidas fortunas. Sólo en Méjico, se calculaba que los llaniscos tenían en industrias y terrenos unos 30 millones de pesos. Al recordar ahora aquellas prosperidades económicas, pienso en las desventuras que habrá llevado la desastrosa guerra de Méjico sobre aquellos españoles que vivían prósperos y dichosos, y que eran el amparo de los parientes próximos que dejaron en la Península.

FRANCISCO RIVAS MORENO



Posada Herrera, en su juventud



Paseo de Posada Herrera, en Llanes



Posada Herrera, en su última época



Ramiro
S. 1917

Serenata de Colombina la calumniada

Entre recuerdos que se esfuman
como las nieblas del jardín,
suena el piano, con Schumann,
la carcajada de Arlequín.

Dice después la comedieta
que Colombina se escapó
de entre los brazos del poeta,
de entre los brazos de Pierrot.

Y hay un final, triste y romántico,
en que Arlequín ríe triunfal
y en que Pierrot lanza su cántico
de cisne humano y sideral...

Te han calumniado, Colombina,
Te han calumniado, por tu bien,
desde Goldoni á Pissalina,
desde Verlaine hasta Ruben.
En el jardín de tu hermosura

vieron crecer la flor del mal,
¡y te vistieron de Locura
para que fueses inmortal!

Tu corazón juzgaron seco
y lo apartaron, con horror,
siendo sincero como un Eco,
siendo infantil como un Amor...

Y te enclavaron, entre rimas,
á los sollozos del violín,
como entre Gestas y entre Dimas,
entre Pierrot y entre Arlequín...

¡Oh, Colombina, la enclavada!
En tu costado peregrino
quiero poner una lanzada
de caridad, como Longino...

Tu corazón no se secó
porque manaba amor sin fin

para el sollozo de Pierrot,
para la risa de Arlequín...

Y aunque Pierrot, jamás reía,
y aunque Arlequín, jamás lloraba,
tu corazón se derretía
por conseguir si los juntaba...

Este es tu sino, Colombina.
Este es el Verbo de tu nombre,
que si con dos hombres confina
¡es por amor á un solo hombre!...

Es por amor á un hombre amado
que al encontrarse en tu camino,
alancease tu costado
por caridad, como Longino...

CRISTÓBAL DE CASTRO

DEBUJO DE RAMIRO

CARNAVAL TRÁGICO

EL MANTÓN DE MANILA

SE miró al espejo y se encontró desmañada, sin gracia, sin aquel chulón desgarro de «la otra».

Seguía siendo, á pesar del mantón de flecos largos y enormes, á pesar de las flores en el pelo y la falda de gitanescos volantes, la burguesita tímida y cándida...

Intentó sonreír con la careta puesta. Debajo del terciopelo negro, brillantado por las dos pupilas negras y acuosas de lágrimas, su boquita menuda hizo una dolorosa mueca que á sí misma le dió lástima. Entonces tiró la careta y volvió á buscar la opinión del espejo con su rostro moreno y triste... Se le doblaban, débiles, las piernas y la voluntad. En el enorme, casi sonoro silencio de la casa dormida, le flaqueaban las fuerzas. Incluso tuvo un instante de terror al ver cómo parecían de sangre las rosas anchas, carnales, bordadas sobre el mantón, y sangrientas las otras frescas que rojeaban entre la noche del cabello, y surcos temblorosos de sangre las cintas que remataban los volantes de la falda, y coagulada gota de sus propias venas aquel rubí que en el dedo índice de la mano izquierda chispeaba...

Se pasó la mano por la frente febril para borrar el pensamiento. Cerró los ojos para olvidar la visión. ¿Sangre, por qué? Todo lo más terminaría la hazaña en asunto manoseado y vulgar de los juguetes cómicos y los cuentos festivos de otro tiempo.

La mujer que acude al baile de máscaras para sorprender al marido infiel.

Quiso reírse y otra vez los labios se contrajeron en una mueca dolorosa y se encristalaron de pena las pupilas moras. Llegó hasta despojarse del mantón y tirarle sobre el suelo, donde mintió con sus verdes y sus rojos exaltados el recuerdo de una pradera manchada por un crimen.

¡Oh! ¡Aquel mantón!...

Carlota recordó el día en que se lo llevaron por torpeza del tendero á quien lo compró su marido. Al principio no creyó que fuese error del comerciante al confundir las señas impresas en la tarjeta con las escritas por Manolo Moncada. Hasta entonces, nunca había dudado de su marido. Ni siquiera por aquellos retornos al hogar, ya de madrugada, ni por los viajes repentinos y frecuentes, para asuntos de su bufete de abogado.

Pero al recibirle envuelta en el pañolón chinesco, ofreciéndole con sonrisas y besos su gratitud, y ver cómo Manolo Moncada palidecía y balbuceaba palabras inconexas y se mordía los labios, Carlota empezó á sospechar que aquel mantón no fué comprado para ella.

Y, poco á poco, las indiscreciones de sus amigas, primero, los registros después—cosa que jamás había hecho—, de los cajones y de los bolsillos de su marido, las insolencias, demasiado repetidas, de algunos clientes, le descubrieron quién era «la otra».

La *Tangerina*, aquella cupletista cuyo nombre gritaba desde los carteles pegados en los muros de los edificios: cuyos retratos se asomaban á las planas de todos los periódicos, cuyo repertorio, si la hizo popular, no la consentía actuar más que en ciertos teatros de ínfima categoría.

Carlota, educada en un medio pacato y tranquilo, no tuvo arresto para plantear el dilema inevitable á Manolo Moncada. Se avergonzó incluso de que el amor á él creciera más aún después de saberle alejado de ella. Contra los consejos de su madre y de sus amigas, se limitó á llorar y á suplicar y á permanecer desvelada y febril durante las largas é interminables esperas de alta noche y de madrugada.

¿Cómo se le ocurrió entonces esta audacia de disfrazarse con el mantón de Manila—arrumbado en el fondo de un armario que nunca se abría—y acudir al baile, donde seguramente estaría Manolo Moncada con *La Tangerina*?

Se decidió al fin. Apagó las luces del tocador. Salió á tientas por el pasillo. La casa estaba sepultada en sombra y en silencio. Bajo sus pies crujía de cuando en cuando el piso encerado. Se detenía entonces con profundos sobresaltos que la estrujaban el corazón y la secaban las fauces.

Cuando, al fin, se encontró fuera del piso, lan-

zó un suspiro de alivio y empezó á bajar las escaleras. De vez en vez se detenía á escuchar junto á las puertas de los cuartos. Detrás de una de ellas un reloj dió doce campanadas lentas, de ondulantes vibraciones. En otra, la enfriaron la espalda y le aceleraron los latidos del corazón los gruñidos de un perro... Nadie la sorprendió. Hasta tuvo la suerte de que al salir á la calle, el sereno paseaba lejos, al otro extremo.

La calle era de las excéntricas del barrio de Salamanca, con sus casas altas y aisladas, con sus solares como anchos estanques de silencio, con sus fugaces relampagueos de tranvías, que estelan rumor trinitoso y se pierden en la noche que parece preñada de misterios.

Hacía frío. Un frío húmedo, pegajoso, de niebla. Carlota tiritó debajo del mantón. Ya no le parecía tan pesado como antes. Sus pies se deslizaban sobre el suelo húmedo, sin ruido.

La misma soledad y el amplio silencio del sitio la dieron ánimos. ¡Qué distinta la calle á tal hora de las otras soleadas y alegres de la mañana, con su greguería de vendedores y sus risas de chiquillos!

Conforme avanzaba hacia el centro de Madrid, su valor decrecía. Dos ó tres veces buscó con la mirada algún coche para volver á casa... Se cruzaba con grupos jaraneros, más caras que intentaban se reuniera con ellas.

Ya en la calle del Arenal, más animada que las otras, con su desfile de mujeres disfrazadas, de hombres engabanados y con sombrero de copa, de carruajes y automóviles, la tranquilizó al principio; pero en seguida la asustó con la posibilidad de encontrarse á algún conocido, á sus hermanos tal vez, al propio Manolo Moncada antes de que pudiera pasar inadvertida por la careta que en la calle la obligó á quitarse un guardia. Entonces se internó por las calles de la derecha, solitarias y obscuras.

Bruscamente, al pasar por delante de una taberna, salieron unos hombres disputando. Sus siluetas negras y braceantes se destacaron en la luz lívida del interior; luego, ya en el arroyo, cercaron á Carlota.

Nuevamente las groserías, las palabras obscenas, las tufaradas á vino y á sudor.

Carlota quiso continuar su camino y no pudo. Uno de los dos hombres se abalanzó sobre ella y la cogió entre sus brazos y quiso acercar al rostro moreno y triste el plebeyo acanallado rostro.

Carlota entonces, con un esfuerzo supremo, logró desasirse, y abofeteó aquel rostro de barbas hirsutas, de hedores de taberna.

Y el rufián, somormujando una blasfemia, volvió á abalanzarse sobre ella. Pero esta vez llevaba en la mano derecha una navaja abierta la hundió en el pecho de Carlota.

Cuando la vieron caer, los hombres corrieron. Carlota se quejaba débilmente. Sobre el suelo viscoso y resbaladizo sentía fluir su sangre, roja como las rosas del mantón, como las rosas del pelo, como los volantes de su falda, como aquel rubí del dedo índice, que tantas veces rozaron los labios del amado en besos de gratitud...

JOSÉ FRANCÉS

DIBUJO DE ROQUETA



AL LLEGAR EL DÍA

(VISION GOYESCA)

HA sonado la hora nona; es la hora litúrgica de la noche. En el silencio negro del nocturno pasan veloces, como ráfagas, sombras negras, de negrura más intensa que el oscuro velo de la noche. Estas siluetas vagarosas aparecieron allá en lo alto de la espadaña del convento próximo, y cuando en el aire se desgarró la última voz de la esquila monjil, las extrañas siluetas huyeron del cobijo del campanario con revoloteo de aves nocturnas atolondradas por el lamento vibrador de la campana. Es noche de sábado.

Allá lejos, inmediato al cementerio del pueblo, se corta el viso con la hinchazón de una colina,

misa sabática. Los contornos de sus cuerpos, visibles ahora a la macabra luz de las oscilantes llamas fátuas, se acusan horribles, picudos, con descarnaduras y flacideces ultrajantes, como maldiciones que les hubiesen ido ajironando la piel, los músculos, la carne fofa...

En el centro del círculo que han ido formando los sabáticos, se destaca la silueta, más corpulenta y erguida, de un cuerpo humano con monstruosas deformidades; es el Sumo Oficiante, el Macho Cabrito, encarnado en su simbólica traza, mitad humana, mitad bestia; faz de carnero, con los infernales pedúnculos de la sotabarba, ojos buhílicos, orejas de asno, cerviz de potro y, al

che oculta para ir desgranando al largo de sus negras horas la misteriosa sinfonía del nocturno.

Sigue la noche su avance y la negra asamblea que puebla la colina continúa su fiesta de aqellarre y las contorsiones y el frenético aullido y el dislocamiento de la zarabanda acusan que la misa ha llegado al instante supremo, al de la consumación del horrendo sacrificio de un humano cuerpo elegido de víctima ofrendada en el ara infernal para incinerarlo con el fuego de sus maldiciones, convertidas por el poder de sus conjuros en llamas devoradoras. Pero en la dormida espadaña del convento ha vibrado cantarina la primera campanada del toque de alba,



cuya cresta, despejada de vegetación, muestra su remate calvo; tierra estéril que emblanqueció la caliza de los huesos de los mondados esqueletos que allí, en el hoyo grande, en el osario del rústico camposanto, pulen su torneadura en la libre osadía de su insepultación, á las caricias del viento, del sol y de la lluvia...

Aquí, en esta colina de remate mundo como el torso enmarfilado de una calavera, se han detenido esas sombras de agudos contornos semejantes á velos desgarrados que hayeron del cobijo de la espadaña y se esparcieron por la oscuridad. En la cresta de la colina brilla una azulada fosforescencia que surge de su seno, y que acaso produjo su abultamiento por causa de alguna misteriosa fermentación de algo hediondo y diabólico cocido en lo hondo de sus entrañas... A esta plazoleta que antes tuvo en su medio el basamento de un crucero de piedra, que hoy el tiempo ha borrado, las sombras errantes que se ampararon en el secreto de la noche, han ido acudiendo, reuniéndose, formando corro... Son las brujas, el asno sabio y filósofo, los diablos cornudos, todos los oficientes é iniciados de la religión negra que vienen á celebrar su

extremo de los brazos y de las piernas, garras engarfiadas y hendidas pezuñas. El corro de brujas se estrecha á su alrededor y se inicia el *intróito* de la misa con una prosternada reverencia al Sumo Oficiante. Y los iniciados comienzan la zarabanda infernal de su liturgia. Son estas brujas las elegidas, las torturadoras, las que emponzoñan la sangre, las que gangrenan las carnes con la mordedura de sus bocas melladas, las que lacran los cuerpos y los infectan y los martirizan con todos los retorcimientos de los dolores físicos... La danza se acentúa, y el corro de las sacerdotisas negras se agita y se revuelca, brinca ó se arrastra.

En el callado reposo de la noche, como misterioso rumor muy lejano, muy fundido entre las sombras, escúchanse los gritos de agorería, los lamentos de imprecaciones, los cantos sacrílegos, y esta algarabía de la demoníaca liturgia que repite y extiende la negra y proterva muchedumbre que ulula en redor de las vertientes de la colina, por maldición de Dios, se confunde con el chasquido de las hojas secas, con el cimbreo de los árboles, con el grave ulular del viento, con todo ese instrumental secreto que la no-

y allá por el extremo del horizonte el clamoreo de la luz del crepúsculo matutino entra arrollando las nieblas oscuras de la noche, y al llegar á la colina apaga con un aletazo de brisa húmeda la luz fantasmal que iluminaba la asamblea sabática, y brujas, trasgos, duendes, demonios, maldecidos, hechizados y toda la empavorecedora multitud de réprobos espíritus que bordeaban la colina se abaten en tierra, aplastados, triturados por las blancas pezuñas de los corceles uncidos á la cuádriga de la Aurora. Y el último aullido de las brujas torturadoras que hacen el corro de honor al gran girofante, suena como el revoloteo de aves nocturnas de alas tardas y pesadas, que huyen al cobijo de sus nidales y madrigueras... Y cuando llega el día extendiendo la clámide transparente de su luz, las siluetas negras que poblaban la monda plazoleta caliza de la colina, se han ocultado en la entraña de su abultado vientre y nada queda sobre la cresta donde antes se irguió el crucero de piedra y todo se ha borrado en la campada.

FERNANDO MOTA

DIBUJO DE C. S. DE TEJADA

LA RIQUEZA ARTÍSTICA DE SEVILLA



LA FAMOSA CAPILLA DE AZULEJOS, LLAMADA DE LOS REYES CATÓLICOS, DEL ALCÁZAR DE SEVILLA
FOT. PÉREZ ROMERO

El tinglado de la farsa



Harina y Ceniza

Toda la farsa del rebaño
que estuvo oculta en el ferial
ruin y monótono del año,
quiere lucir Don Carnaval.

○

Va con la cara enharinada,
su cornetín y su tambor,
vendiendo, igual que una "tapada",
lances de risas y de amor...

○

¡Don Carnaval se porta como
un arrogante proxeneta,
porque estos días puede Momo
llevar quitada la careta!...

○

Quiere Pierrot alzar la fusta...
¡Tantos Pierrots halla como él,
que ya no llora... ni le asusta,
que Colombine le sea infiel!...

Y esa "Traviata" que va en coche
el seno al aire, en pleno día,
¡sabe Pierrot que por la noche
ha de rezar la letanía!...

○

Y en el fragor de esa carroza
—carnes ardientes, suaves galas—,
es un amor el que retoza,
¡pero un Amor que no tiene alas!...

○

Triunfa y se mofa de Arlequín,
Polichinela, el negociante,
mas no habrá nunca en el jardín
ninguna flor para él fragante...

Pasa la fiesta y la comparsa.
Vuelve Pierrot á ser histrión,
¡y en el tinglado de la farsa
revolotea un corazón!...

○

Y será eterno el Carnaval,
como lo son el Bien y el Mal,
en los que Momo se humaniza.
¡Siempre irá el hombre disfrazado,
hoy, con el rostro enharinado;
mañana, ung'do con ceniza!...

MORENAS DE TEJADA

DIBUJO DE MARÍN

LA ESFERA
ARTE FOTOGRÁFICO



PAISAJE TENERIFEÑO

Fot. A. Sánchez

LA ESFERA
RINCONES ÁRABES



UNA CALLE MARROQUÍ

Fot. Alvargonzález

LA ESFERA
PÁGINAS ARTÍSTICAS



LA GENTIL AZAFATA, dibujo de Ramón Roqueta

AUTORES CÉLEBRES

D. JUAN NICASIO GALLEGO

DE lo bueno, poco, reza el adagio vulgar. Tal puede decirse de la labor literaria del insigne poeta cuyo nombre encabeza estas líneas. No es autor de un solo libro. Al revés del que

*suda y trabaja, y en manchar se emplea
resmas para envolver alcaravea,*

le bastaron unas cuantas poesías y alguna traducción para lograr, primero el respeto y la admiración de sus contemporáneos, y luego la inmortalidad.

Aunque también se distinguió notablemente como hombre político, riñendo empeñadas batallas en pro de la libertad y del progreso, como se le conoce y como ha llegado su nombre hasta nosotros es tan sólo como poeta de altos vuelos.

Don Juan Nicasio Gallego nació en Zamora el 14 de Diciembre de 1777, é hizo sus primeros estudios en su tierra natal bajo la dirección de un sabio humanista, siendo Horacio y Virgilio sus autores predilectos. Poco sabía entonces de la literatura española.

Poco después, cursando Filosofía, leyes y cánones en la famosa Universidad de Salamanca, cayó en sus manos una antología de poetas españoles, publicada por D. Juan Sedano, y su lectura despertó la dormida, aunque latente inspiración del joven estudiante, estimulando su sensibilidad poética.

Terminada su carrera, y ya ordenado de sacerdote, volvió á Zamora, donde á la sazón residía Meléndez Valdés, y le tomó por modelo, por maestro y por amigo. Ya en Madrid, á principios del siglo XIX, trabó Gallego amistad con Cienfuegos, Quintana y otros poetas, y publicó algunas composiciones en el *Memorial Literario*.

Aquellas primeras composiciones de D. Juan Nicasio Gallego eran una imitación de las de su maestro y amigo Meléndez Valdés, y resultaban faltas de originalidad, pálidas y frías: por ellas sólo merecía el título de versificador correcto, pero de ningún modo el de poeta. Este resultado era lógico y natural. El temperamento poético de Nicasio Gallego, como después pudo comprobarse, era completamente distinto al de su amigo y maestro: éste, todo dulzura, placidez y suavidad: aquél, todo fuego, vigor y energía. En nada podían coincidir.

La defensa de Buenos Aires contra los ingleses, en 1807, realizada victoriosamente por el capitán de navío D. Santiago Liniers, al frente de aquellos naturales y de escasas tropas regulares, inspiró á Gallego un vibrante y viril y enérgico canto de guerra que llamó poderosamente la atención y mereció incondicional y caluroso aplauso. Libre de la traba que le imponía el respeto á su maestro, entregado á su libre y espontánea inspiración, sin cuidarse de imitar éste ó el otro estilo, mostróse por primera vez su verdadera personalidad literaria y, los que hasta entonces sólo le reconocían el título de versificador, hubieron de otorgarle el de poeta, y poeta de altos vuelos. He aquí una de las estrofas de aquella hermosa composición:

*No ya frívolas plumas,
sino bruñido yelmo rutilante,
orlan su rostro fiero:
al lado luce poderoso escudo,
y en vez del hacha tosca ó dardo rudo,
arde en su diestra refulgente acero.
La vista fija en la ciudad, y entonces
golpe terrible en el broquel sonante
da con el pomo, y al fragor de guerra
con que herido el metal gime y restalla,
retiembla la alta sierra
y el ronco hervir de los volcanes calla.*

Aquí ya se descubre al gran poeta épico, libre de toda extraña influencia. Entre éstos y sus primeros versos media un abismo infranqueable.

Un año después, con motivo de la invasión

francesa, publicó su famosa elegía titulada *Dos de Mayo*, con la cual reverdeció los laureles conquistados con *La defensa de Buenos Aires*, consolidando su reputación de poeta eminente. Los más insignes líricos de aquellos y de estos tiempos, entre los cuales se cuentan Espronceda y Zorrilla, han cantado la luctuosa jornada del 2 de Mayo de 1808 y ninguno raya á la altura que ha alcanzado Nicasio Gallego en su citada elegía, una de las más hermosas de nuestra literatura.

Una *Oda á la influencia del entusiasmo en las Bellas Artes*, la *Elegía á la muerte del duque de Fernandina*, la *Elegía á la muerte de la reina Isabel*, segunda esposa de Fernando VII, la *Elegía á la muerte de la duquesa de Frías* y la *Oda al nacimiento de Isabel II*, juntamente con las antes citadas, son sus principales composiciones, las que le dieron la fama de que goza.



D. JUAN NICASIO GALLEGO

También es muy notable la traducción que hizo por encargo de Isidoro Máiquez, de la tragedia *Oscar*, de Arnault, mejorándola considerablemente. A este propósito dice un cronista de la época:

«Sin otra esperanza que la de lograr una traducción de *Oscar* en horas, hubo de dirigirse Isidoro á Don Juan Nicasio, quien después de leer la tragedia y de considerarla débil y de poco efecto, redujo su acción lánguida á más estrechos límites, dió realce á varias situaciones, bosquejó más en relieve la figura de alguno de sus personajes, y comunicándola animación y viveza con la gala de una versificación robusta, puede decirse que echó polvos de oro en un escrito emborronado.»

Con tan escaso bagaje poético fué individuo de la Academia de San Fernando desde 1814, y desde 1830 de la Española, de la que llegó á ser secretario perpetuo. Lo que prueba que, tratándose de Arte y de Literatura, el mérito no está en la cantidad, sino en la calidad, y la de las poesías de Gallego era exquisita é importante como pocas.

También era un prosista correcto y elegante, y cuando hermanaba la sátira con la crítica, resultaba temible, porque esgrimía las armas del ridículo con singular destreza; y aseguran los que le trataron que era aun más temible hablando que escribiendo. Según el cronista á que antes me he referido, «nunca traspasaba los límites del decoro, jugaba felizmente con el idioma y, sin embargo, las heridas que producía eran mortales».

Muchas y muy serias fueron sus vicisitudes políticas. A la llegada de las tropas de Napoleón, en Diciembre de 1808, se fué á Sevilla, donde la Junta de Defensa nacional le invitó á que formase parte de una Comisión encargada de examinar y extraer planes, informes y memorias acerca de la convocatoria de Cortes y reformas de leyes que habían de ser sometidas á las mismas. Elegido diputado de las Cortes generales reunidas por Septiembre de 1810 en la Isla, no fué á tomar posesión de su prebenda á la iglesia de Santo Domingo, primada de las Indias occidentales. Más que sus propios intereses, le importaban los intereses sagrados de la patria y de la libertad. Secretario de la Comisión de la ley de libertad de imprenta, se cree que redactó el dictamen, que sus compañeros aprobaron por unanimidad.

Como otros muchos hombres ilustres que habían defendido la libertad con riesgo de su vida y de sus intereses, Nicasio Gallego fué encarcelado en 1814; tan pronto como Fernando VII entró en España, á la conclusión de la guerra. Preso Gallego en Murcia y conducido á Madrid, «se le formó causa, que duró dieciocho meses, y sin recaer sentencia alguna, le tocó ser confinado por cuatro años á la Cartuja de Jerez, con la mitad del producto de su prebenda de Murcia. Sometida su suerte á los cambios políticos, después de ser restablecida la Constitución de 1812, adquiría en remuneración de sus padecimientos el arcedianato mayor de Valencia, de que le despojaba á su vuelta de Cádiz Fernando VII, ya otra vez absoluto.

Puede decirse que desde 1814 hasta la muerte de aquel rey, no gozó Gallego una hora de tranquilidad. Muerto Fernando VII, todo fueron honores y distinciones para el ilustre poeta y sacerdote. El nuevo Gobierno, al objeto de que la libertad de Prensa no degenerase en libertinaje, nombró una Comisión de censura: á ella pertenecía Gallego: pero á poco hizo renuncia de su cargo, «por los sinsabores que le acarreaba». Realmente, él era el menos autorizado para ejercer la previa censura.

Se cuentan muchas é ingeniosas anécdotas de Don Juan Nicasio Gallego, hombre de perdurable buen humor y de gracia inagotable.

Un poeta obscuro y laberíntico leyó una vez una composición; y como D. Juan no entendiera de ella una palabra, hubo de preguntarle al autor:

—¿Qué ha querido usted decir en esos versos?

—Pues he querido decir tal cosa.

—¡Caramba!... ¿Y por qué no lo ha dicho usted?

En otra ocasión, otro poeta le dijo:

—Voy á leerle á usted dos sonetos para que me diga cuál es el mejor.

En cuanto hubo leído el primero, exclamó Gallego:

—¡El otro es el mejor!

—¡Pero si no lo conoce usted!

—Es que no puede ser tan malo como ese, por malo que sea.

También se ha hablado mucho de su gran amistad con la célebre poetisa Gertrudis Gómez de Avellaneda, no faltando quien asegure que los dramas de esta singular mujer eran revisados y corregidos por el insigne poeta y sacerdote.

El Dómine Lucas, periódico satírico de aquella época, decía en cierta ocasión que en un estreno poco afortunado de una obra de la Avellaneda, «andaba un gallego repartiendo puñetazos entre los espectadores que protestaban». La alusión no podía ser más directa.

Murió D. Juan Nicasio Gallego en Madrid, en 1853, rodeado del cariño, del respeto y de la admiración de sus numerosos lectores y de cuantos tuvieron la fortuna de tratarle: era simpático como pocos y tenía verdadero don de gentes.

FRANCISCO FLORES GARCIA

ESPAÑA MONUMENTAL

EL PALACIO DE LAS LEYES

Toro es una ciudad evocadora que ha quedado encantada en la segunda mitad del siglo XIV. Es tan propicio y tan amable allí el resurgimiento del noble pasado histórico, que aunque no fuese más que por gratitud, debiera declararse la ciudad museo.

Por fortuna, no ha llegado hasta ella la herejía restauración del moderno arquitecto municipal, se ha mostrado sorda también a la sirena del progreso y la ciudad perdura en toda su rancia nobleza, bella y única bajo la pátina del sol que ha tejido para ella un manto de oro.

Ya sus aborígenes celtíberos (que adoraron al toro como máxima divinidad, y por lo cual el príncipe Don García, hijo de Alfonso III, al repoblarla la denominó con el nombre de este ídolo) la hallarían totalmente desconocida; pero la corte de la *Beltraneja* podría tornar a su recinto sin miedo a encontrar otra variación que la añeja costra que el tiempo va dejando sobre la augusta piedra.

No es mi pretensión descubrir a una ciudad que, por su interés histórico y su importancia arqueológica, no es un secreto para cuantos se dedican a estas dos ramas del saber; pero sí quiero popularizar sus bellezas legendarias y artísticas para bien de los que amen estas dos cosas.

Y puesto mi propósito a estos fines, serán varias las veces que he de ocuparme de cuanto en Toro se encierra.

Al presente toca el turno al famoso Palacio de las Leyes, una de las más elegantes y ricas construcciones de su época, en cuyo recinto se celebraban las Cortes y en donde fueron promulgadas las trascendentales *leyes de Toro*.

Dos tendencias, de opuestos orígenes, vinieron a influir sobre el desarrollo del Derecho, que surgieron del paso sobre nuestro suelo de pueblos diversos que en distintas épocas vinieron a establecerse y a fundirse con el propiamente ibérico, que pudiéramos aceptar como primitivo.

Esto ofreció también un dualismo que, ayudado de la necesidad de dedicarse los hombres a la guerra como primera atención de aquellas circunstancias, y otorgados a cada pueblo fueros distintos, resultó que, a manera que fueron incorporándose a la corona cristiana, causaron en el cuerpo del Derecho civil, no bien desarrollado toda-

vía, una confusión verdaderamente anárquica.

Las tendencias a que aludo fueron la romana y la gótica. Las dos solicitaban con igual influencia el carácter de nuestra legislación general, aún vago y vacilante.

Según datos muy interesantes de la época, que sería prolijo traer aquí, este fué un asunto que ocupó y preocupó seriamente a la real majestad de Alfonso X, *el Sabio*, hasta tal extremo que, habiendo descollado en su tiempo el famoso jurisconsulto y arcediano de la catedral zamorana D. Fernando Martínez, fué servido el rey de encargarle, en unión de otros dos maestros del Derecho, la confección del Código denominado *Las Siete Partidas*.

Esto, sin embargo, hizo más perentoria la ne-

cesidad de ordenar más leyes que dirimieran las dudas sobre la prelación de tan diversos Códigos.

Más tarde, comprendiéndolo así los Reyes Católicos, en las Cortes celebradas el año 1502 en Toledo, dispusieron que los hombres de sus consejos y audiencias determinasen y aclarasen las leyes que estaban dudosas.

Tres años pasaron solamente. Cuando en 1505 se reunieron las Cortes en la ciudad de Toro para jurar por reina a Doña Juana, *la Loca*, lo primero que le pidieron fué la publicación de aquellas leyes que ya estaban ordenadas y reputadas por excelentes.

Concediólo la reina y se publicó la correspondiente pragmática firmada por el rey católico, como administrador de los reinos.

Ochenta y dos fueron las promulgadas que, desde entonces, son conocidas por las *Leyes de Toro*.

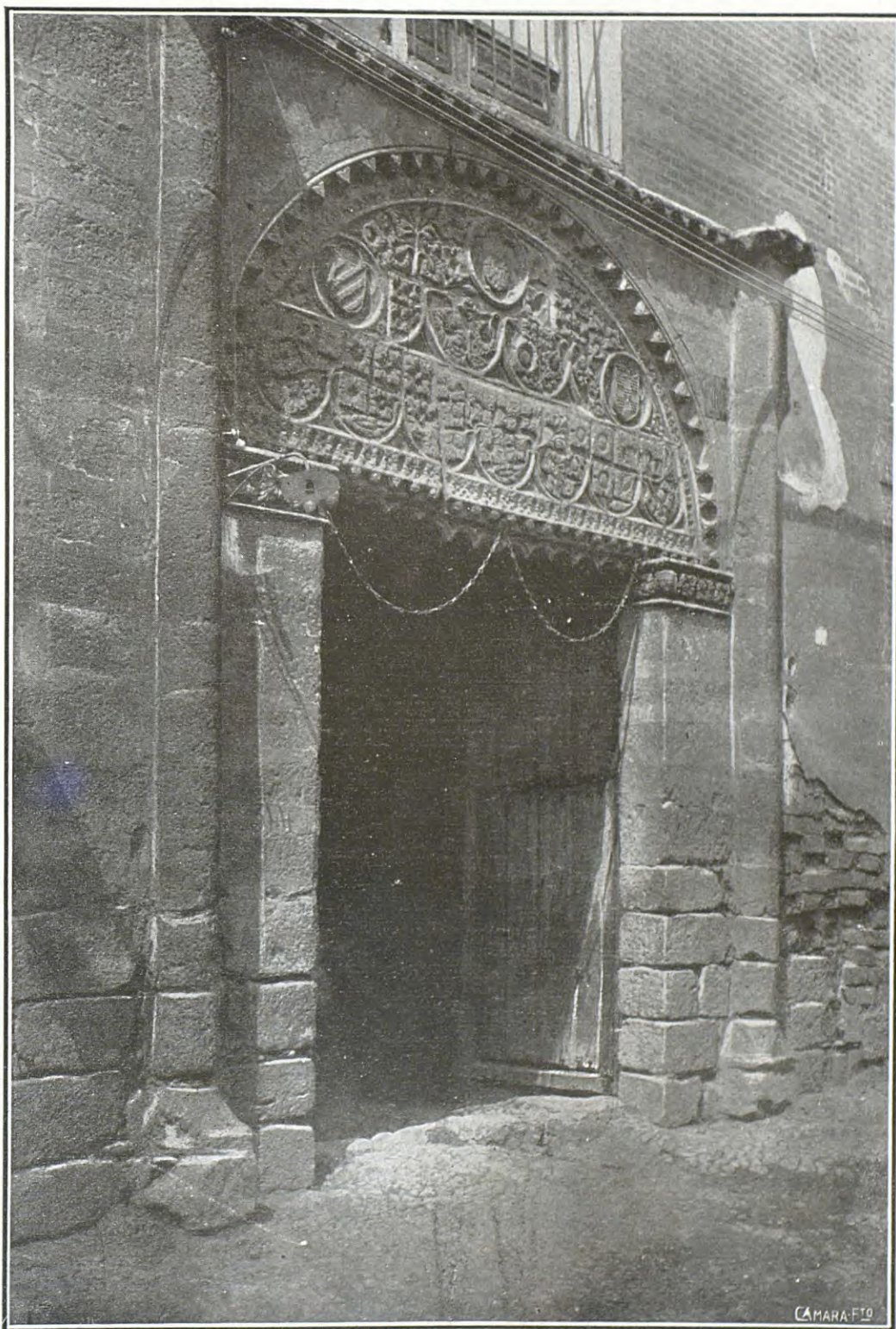
El edificio en que se reunieron estas Cortes y se promulgaron estas leyes, ya he dicho que es una de las más hermosas construcciones de su época. Se la conoce con el nombre de *Palacio de las Leyes* y su conservación es perfecta gracias a los cuidados de su actual propietario, el señor marqués de Santa Cruz de Aguirre.

Este palacio tiene una soberbia portada en donde la piedra se convirtió en primoroso encaje bajo la mano del artista que la labró. No se conoce en España otro ejemplar mejor. Y aun es más admirable todavía el magnífico techo de madera labrada que se conserva en el salón donde las Cortes se reunían.

Es un artesonado mudéjar de vivos colores perfectamente conservados. Los extranjeros, que son para estos escarceos arqueológicos más expertos que nosotros, aseguran que no han hallado en otra parte un techo de este estilo mudéjar que pueda competir con él.

Bajo este techo, cuando las Cortes se reunían, pendían a lo largo de toda la pared magníficos tapices que han ido a manos distintas.

Elegante y suntuoso, como augusto tabernáculo de tan importante obra legislativa, Toro conserva el Palacio de sus Leyes con ese noble orgullo del que se halla en posesión de un tesoro histórico, en donde también el arte ha ido a estudiar las magnificencias de un estilo característico.



Puerta principal del Palacio de las Leyes, en Toro, construido a fines del siglo XIII y principios del XIV

JULIO HOYOS



Modas de Floralia

Yo hubiera querido dibujar para las bellas lectoras unos trajes ricos, suntuosos, deslumbrantes de pedrería, tan soberbios como los que se lucieron en el memorable baile dado por los Duques de Fernán-Núñez en Febrero de 1884; pero no puede ser: «A la guerre, comme à la guerre.» Las circunstancias actuales no son las mismas y aquella fastuosidad desentonaría en el conjunto trágico que directa o indirectamente agobia a Europa.

Los Reyes asistían a la festividad. Su Ma-

jestad la Reina Cristina lucía un magnífico traje de Dama del siglo XVII. La falda, que era de color blanco y rosa, estaba adornada de capullos de rosas y brillantes y un riquísimo joyel colocado en el hombro sujetaba el manto de un color verde musgo, que en elegantes pliegues caía sobre el vestido. En el cuello llevaba un cintillo de brillantes sobre fondo de terciopelo negro y en su empolvada cabellera un lindo «bouquet» de brillantes y plumas que terminaban en un rico «sprit».

La Duquesa de Osuna vestía de reina mora de Granada. Sobre

una túnica rosa tejida en oro llevaba un «caftán» azul con muchas perdidas. Por delante caía una «echarpe» de gasa negra cuajada de gruesas perlas con inscripciones de oro que decían: «Solo ella es vencedora.»

Sin la suntuosidad de aquellas galas, pero muy del día, son los modelos que os dedico.

El primero está inspirado en el de «Sherazada», es de estilo persa, aunque con reminiscencias moscovitas, impresión de los «ballets russes». Es de gasa amarilla. El cuerpo lleva bordados multicolores con profusión de pedrería sobre un pechero de gasa verde cardenillo ó de un tono delicado rosa. Al borde de la faldita lleva un aro de ballena disimulado bajo un fleco verde. Dibu- jos hechos con cintas. El turbante es de seda brochada con fondo

amarillo ó verde. El segundo modelo es una creación sobre el vestido *Floralia*; representa una flor que convertirá a la que lo lleve, á poco linda que sea, en una flor llena de gracia y de belleza. Es de linón blanco y en la falda lleva sobrepuestas *Flowers del Campo*, amapolas, margaritas, botones de oro y diseminadas unas espigas de trigo. Debajo una bajera de tafetán verde vivo formando hojas. Ramo de flores en el cuerpo. Gran sombrero imitando una margarita con dos cintas verdes que caen del lado derecho hasta la falda. En vez de ir sobrepuestas, pueden bordarse las flores con lanas de color en cuyo caso se convertirá (suprimiendo el bajo) en un delicioso vestido para el próximo verano.

Los tres últimos modelos están inspirados en trajes militares usados en Grecia, la India y por los «highlanders» escoceses. El primero—griego—es de paño azul. La falda es plegada y forma una

tabla delante. La blusa lleva un pedazo ó peto delante rodeado de botones dorados. Cinturón negro de charol. Gorro de fieltro azul con una enorme borla negra que cae á un lado. Medias azules y zapato de charol adornado con un gran pompón. Ideal para una esbelta es el modelo «India». Sobre un pantalón de paño ó terciopelo morado lleva una casaca de paño naranja sujeta en la cintura con una banda morada. Botas de montar y guantes de piel de Rusia rojos. «Madras» ó turbante morado con rayas naranja y verde. Esprit naranja.

El último vestido—escocesa—lleva una camiseta blanca de lana, con una banda de charol blanco. Falda de tela escocesa con fondo verde y cuadros en tonos vivos. Escarcela de cuero con recortes formando fleco. Gorro de piel blanca y «pouf».

MAR DE MUN



El papel en que se imprime esta ilustración está fabricado especialmente para "LA ESFERA" por

LA PAPELERA ESPAÑOLA

UN RESFRIADO MAL CUIDADO
es una puerta abierta
a todas las ENFERMEDADES
de la GARGANTA, de los BRONQUIOS
y de los PULMONES
**! NO DESCUIDE V. JAMAS UN CONSTIPADO!
PUEDE V. CURARLO**
en pocos días, radicalmente y a poco coste
con el empleo de las

PASTILLAS VALDA
ANTISÉPTICAS
Pero, sobre todo, no emplee V. sino las
VERDADERAS
PASTILLAS VALDA
las que se venden sólo
En CAJAS de Ptas. 4.50
con el nombre VALDA en la tapa
y nunca de otra manera
AGENTES GENERALES: Vicente FERRER y C^{as},
BARCELONA.

Fórmula:
Menthol... 0.002
Eucaliptol... 0.0045
Azúcar-Goma.

Lea Ud. los miércoles

MUNDO GRÁFICO

REVISTA POPULAR ILUSTRADA

20 cts. en toda España

SEÑORAS

No tener hijos desune matrimonios, es causa de disgustos y muchas veces de pérdidas de intereses. El tratamiento **Rohegel** cura fácil y sin molestias la esterilidad de la mujer. Pedir prospectos gratis a la **Clínica Mateos**, Arenal, 1, Madrid.

**BELLEZA y ARTE
EN EL DESNUDO**

Reproducciones de cuadros, dibujos, esculturas y estudios fotográficos—del natural—, recopilados por el laureado artista **J. Izquierdo Durán**, con notas, juicios y apuntes de los más notables críticos de Arte. Obra (de 256 páginas) recomendada por el **Boletín del Círculo de Bellas Artes**. Utilísima a pintores, escultores y aficionados. Precio: diez pesetas. Se remite certificada, por 11 ptas. en giro postal. Al extranjero va por 12 pesetas en cheque. De venta en librerías y en Casa de **Antonio Ros**, librero, **Jacometrezo, 80**, Madrid. Exportación de libros, revistas y periódicos a España y extranjero.

FÁBRICA DE CORBATAS 12, CAPELLANES, 12
Camisas, Guantes, Pañuelos,
Géneros de punto. Elegancia, Surtido, Economía. PRECIO FIJO. Casa fundada en 1870.

COMPañY FOTÓGRAFO
Fuencarral, 29, MADRID

Dr. Bengué, 47, Rue Blanche, Paris.



De venta en todas las farmacias y droguerías.



¿QUIERE UD. CRECER 8 CENTÍMETROS?

Lo conseguirá pronto, a cualquier edad, con el grandioso **"Crecedor Racional"**. Procedimiento único que garantiza el aumento de talla y el desarrollo. Pedir explicación, que remite gratis, y quedaréis convencidos del maravilloso invento, última palabra de la ciencia. Tratamiento, 30 pesetas. Dirigirse: Prs. Albert, PI Y MARGALL, 38, VALENCIA



**Un muro
de papel**

es el abrigo exagerado. No sirve prevenirse, si los pulmones están débiles.

FIMOL BUSTO

es el anticatarral que usted necesita.

ALFONSO

FOTÓGRAFO

6, Fuencarral, 6

Sucursal de LA ESFERA
MUNDO GRÁFICO y NUEVO MUNDO

LIBRERIA DE SAN MARTÍN
PUERTA DEL SOL, 6, MADRID

FUNDADA EN 1854 • APARTADO 97

Se remite gratis, á quien lo solicite,
Catálogos y su Boletín mensual

Fotografía BIEDMA

23, Alcalá, 23

Casa de primer orden

Hay ascensor

PRENSA GRÁFICA

SOCIEDAD ANÓNIMA, EDITORA DE

“LA ESFERA” “MUNDO GRÁFICO”

“NUEVO MUNDO”

Hermosilla, 57, Madrid

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

La Esfera

Madrid y provincias.....	Un año.....	25 pesetas
	Seis meses.....	15 >
Extranjero.....	Un año.....	40 >
	Seis meses.....	25 >
Portugal.....	Un año.....	30 >
	Seis meses.....	18 >

Mundo Gráfico

Madrid y provincias.....	Un año.....	10 pesetas
	Seis meses.....	6 >
Extranjero.....	Un año.....	15 >
	Seis meses.....	8 >
Portugal.....	Un año.....	12 >
	Seis meses.....	7 >

Nuevo Mundo

Madrid y provincias.....	Un año.....	15 pesetas
	Seis meses.....	8 >
Extranjero.....	Un año.....	25 >
	Seis meses.....	15 >
Portugal.....	Un año.....	18 >
	Seis meses.....	10 >

J. C. WALKEN FOTÓGRAFO
Sevilla, 16

PRECIOS

FRASCO
GRANDE
3,50
pesetas

FRASCO
PEQUEÑO
1,50
pesetas

**“EMBROCACIÓN
ESPAÑOLA GIL”**

Depositarios en las Palmas
(Gran Canaria):

Señores MEDINA Y PAMIES

REPRESENTACIÓN
GENERAL DE LA
“EMBROCACIÓN ESPAÑOLA GIL”
AGUIRRE, 5

MADRID

Lubrifca, vigoriza y
tonifica los músculos.
Prepara admirable-
mente para la resisten-
cia en todo ejercicio
físico y en todo traba-
jo corporal. Evita la
fatiga y es el lenitivo
más eficaz del can-
sancio.